FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

Libro VI

EL SITIO Y LA TOMA DE JERUSALÉN. DESDE LA CAÍDA DE LA TORRE ANTONIA HASTA LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD (julio - septiembre del 70 d. C.)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

LIBRO VI

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
144 (11) σταδιαίαν	σταδαίαν Thackeray
229 (21) ἀφαμμαούς	ἀπ' Ἀμμαοῦς *C*
252 (5) † φλόγος	ὕλης *MLVRC*
345 (6) βασανίσας	βασανίσαι Destinon

SINOPSIS

EL SITIO Y LA TOMA DE JERUSALÉN. DESDE LA CAÍDA DE LA TORRE ANTONIA HASTA LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD
(julio – septiembre del 70 d. C.)

1. Los romanos levantan nuevos terraplenes. – 15. Los judíos fracasan en su ataque. – 23. Caída de la torre Antonia. – 33. Tito arenga a sus soldados. – 54. El sirio Sabino escala la muralla. – 68. Los soldados romanos avanzan hacia el Templo. – 81. El centurión Juliano. – 93. Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados. – 111. Deserciones judías. – 124. Nuevas exhortaciones de Tito. – 129. Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes. – 152. Ofensiva judía. – 161. El jinete Pedanio. – 164. Incendio de los pórticos del Templo. – 169. Jonatán y Pudente. – 177. Estratagema judía. – 186. El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte. – 193. El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia. – 214. Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades. – 220– Fracaso del ataque romano al muro del Templo. – 228. Tito ordena prender fuego a las puertas. – 236. Consejo de guerra romano. – 244. Los judíos fracasan en su asalto. – 249. El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo. – 271. Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores.– 288. Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén. – 300. El falso profeta Jesús, hijo de Ananías. – 316. Tito

Los romanos levantan nuevos terraplenes

La situación de Jerusalén empeoraba 1
cada día, pues los rebeldes se excitaban
aún más a causa de las desgracias y el
hambre hacía presa también en ellos des-
pués de haberlo hecho en el pueblo[1]. El 2
número de cadáveres que se amontonaban a lo largo de la
ciudad presentaba una horrible visión y desprendía un olor
pestilente que impedía las incursiones de los combatientes.
Pues, en efecto, era preciso que ellos, que avanzaban por un
campo de batalla lleno de innumerables muertos, pisotearan
sus cuerpos. Sin embargo, pasaban por encima de ellos sin 3
miedo, sin compadecerse y sin tener como un mal augurio
para sí mismos el ultraje hecho a los muertos. Con sus ma- 4
nos llenas de sangre de compatriotas salían a luchar contra
gente extranjera y, según me parece, echaban en cara a Dios
su lentitud en castigar a sus enemigos, pues ahora la guerra
no cobraba fuerza por la expectativa de una victoria, sino
por la desesperación de salvarse. Por su parte los romanos, 5
que habían soportado muchos esfuerzos en la recogida de
materiales para la construcción, levantaron los terraplenes en
veintiún días. Como ya he dicho[2], talaron todo el territorio

[1] Sobre la oposición radical de Josefo entre los rebeldes y el resto del pueblo judío en este conflicto, véase nota a IV 147.

[2] Cf. V 523.

que rodea la ciudad en una extensión de noventa estadios.
6 La visión de esta zona era digna de lástima, ya que los te-
rrenos que antes estaban embellecidos con árboles y jardi-
nes se hallaban ahora abandonados y sin vegetación en nin-
7 gún sitio. Ningún extranjero que hubiera visto la Judea de
antaño y los hermosísimos arrabales de la ciudad, al con-
templar entonces su desolación, podría estar sin lamentarse
y sin llorar por el cambio tan grande que en ella se había
8 producido. La guerra había acabado con todas las señales de
la belleza de antes y, si uno de los que conocía el lugar re-
gresara de pronto, no lo reconocería, sino que buscaría la
ciudad, a pesar de estar al lado de ella.

9 La conclusión de los terraplenes hizo que, tanto entre los
10 judíos como entre los romanos, surgiera el miedo. Los pri-
meros suponían que la ciudad sería conquistada, en el caso
de que no consiguieran prender de nuevo fuego a los terra-
plenes, mientras que los segundos sabían que nunca la to-
11 marían, si les destruían sus obras. Pues no había madera y
los soldados ya no tenían fuerza, a causa de las fatigas, y les
12 faltaban ánimos, debido a las continuas desgracias. Las des-
dichas de la ciudad afectaban más a la situación anímica de
los romanos que a la de sus propios habitantes, pues se en-
frentaban a combatienes que en medio de tan grandes reve-
13 ses no se habían debilitado. Mientras tanto, ellos perdían
poco a poco sus esperanzas al ver que sus terraplenes caían
ante los ataques del enemigo, que sus máquinas no podían
con la solidez de la muralla y que los combates cuerpo a
cuerpo cedían ante la audacia de sus adversarios. Pero lo
más importante de todo era comprobar que los judíos con-
servaban una fortaleza de espíritu por encima de tantas mi-
14 serias, de la sedición, del hambre y de la guerra. Los romanos
creían que los ataques de estos hombres serían invencibles y
que no podrían dominar el coraje que ellos conservaban en

las desgracias. ¿Qué no podrían soportar los judíos, si el Destino[3] les favoreciera, cuando ahora en un momento adverso se llenaban de valor? En consecuencia, fortificaron aún más la vigilancia de los terraplenes.

Los judíos fracasan en su ataque

Los hombres de Juan reforzaron la 15
seguridad por el lado de la torre Antonia, en vista de lo que pudiera ocurrir en caso de que se destruyese la muralla, y antes de que los enemigos acercaran los arietes
atacaron las obras. Sin embargo no consiguieron su propó- 16
sito, sino que salieron con antorchas y, sin llegar a los terraplenes, se volvieron tras haber enfriado bastante sus espe-
ranzas. En primer lugar, el plan no parecía estar concertado, 17
pues salían en grupos, a intervalos, titubeando por el miedo que sentían, y, por decirlo en una palabra, no de una manera propia de judíos[4]. Carecían de las características propias de su nación, a saber, la audacia, el ímpetu, el atacar a la vez y
el no retirarse ante la derrota. Salieron con menos ardor que el 18
habitual y encontraron a los romanos formados en orden de
batalla y con más fuerza que de costumbre. Cerraban por 19
todos los lados el paso a los terraplenes con sus cuerpos y armaduras, de tal forma que no dejaban por ningún sitio espacio por el que prenderles fuego. Además, cada uno de ellos tenía su espíritu decidido a no moverse de su puesto
hasta morir. Efectivamente, aparte de perder todas sus espe- 20
ranzas, en el caso de que volvieran a quemar sus obras, se apoderó de los soldados una terrible vergüenza por el hecho de que la astucia triunfara totalmente sobre el valor, la de-

[3] Sobre la personificación del Destino o Fortuna en Josefo, véase el apartado 5 de la Introducción.

[4] Por ejemplo, cuando los judíos asaltaron el campamento romano; cf. V 484.

sesperación sobre las armas, el número sobre la destreza y
21 judíos sobre romanos. Al mismo tiempo colaboraban con estos últimos las máquinas lanzadoras[5] que alcanzaban a los judíos, cuando se acercaban a los terraplenes. Así, el que caía se convertía en un obstáculo para el que venía detrás y el peligro de seguir adelante debilitó aún más sus fuerzas.
22 Algunos de los que huían del interior de la línea de los disparos, antes de entrar en combate, se retiraban asustados por la disciplina y las densas filas de los enemigos, mientras que otros lo hacían heridos por las lanzas[6]. Al final, se dieron la vuelta sin hacer nada, acusándose unos a otros de cobardía. El ataque tuvo lugar en el novilunio del mes de Panemo[7].

Caída de la torre Antonia

23 Cuando los judíos se retiraron, los romanos acercaron las helépolis[8], a pesar de que desde la Antonia les arrojaban piedras, fuego, hierro y todo tipo de objetos que la necesidad proporcionaba a los ene-
24 migos. En efecto, aunque los judíos tenían mucha confianza en la muralla y menospreciaban las máquinas, sin embargo
25 intentaban que los romanos no las acercaran. Estos últimos, como creían que los hebreos se esforzaban por impedir el ataque a la Antonia a causa de la debilidad del muro y como tenían la esperanza de que sus cimientos estarían ya resenti-
26 dos, aumentaron sus esfuerzos. Los golpes contra el muro no cesaban, sino que los romanos, que no paraban de recibir proyectiles y no cedían a ninguno de los peligros que les

[5] Sobre este tipo de armas, como oxibelas, balistas, catapultas, etc, cf. notas a IV 19 y 583.

[6] El *pilum* romano, citado en el *excursus* sobre el ejército de III 95.

[7] El 20 de julio del año 70, según precisa NIESE en su edición *ad loc.*; cf. V 567.

[8] Cf. V 275.

venían desde arriba, mantenían activas las helépolis. Sin 27
embargo, como estaban en desventaja y eran golpeados por las piedras, otros soldados se cubrieron sus cuerpos con los escudos[9] y socavaron los cimientos de la muralla con sus manos y con palancas. De esta forma, con grandes esfuerzos, removieron cuatro bloques de piedra. La noche hizo 28
que unos y otros se tomaran un respiro. Sin embargo, entonces se vino abajo de repente el muro, abatido por los arietes, al ceder una mina por el lugar donde Juan había abierto una galería para hacer frente a los primeros terraplenes del adversario[10].

Este suceso produjo en los ánimos de los dos bandos 29
reacciones inesperadas. Los judíos, que lógicamente debe- 30
rían haberse amedrentado, aumentaron su valor porque la Antonia aún continuaba en pie, además de porque el muro no había caído de forma inesperada y habían tomado precauciones para ello. Por su parte la correspondiente alegría 31
de los romanos por este derrumbamiento desapareció al ver otro muro que los secuaces de Juan habían levantado detrás de aquél en el interior. No obstante, el ataque contra este se- 32
gundo muro parecía más sencillo que el precedente, pues resultaba más fácil de escalar gracias a los escombros; además creían que éste era mucho más endeble que el de la torre Antonia y que podría ser destruido con rapidez al tratarse de una construcción provisional. A pesar de ello nadie se atrevió a subir por él, pues la muerte era segura para los que se arriesgaran a ello los primeros.

---

[9] Es la formación conocida con el nombre de *testudo*, «tortuga», señalada ya en II 537.

[10] Juan de Giscala había abierto una galería subterránea desde la torre Antonia hasta los terraplenes romanos, por debajo del foso de la fortaleza; cf. V 469.

Tito arenga a sus soldados

33 Tito, que pensaba que el coraje de los combatientes se enardecía más con esperanzas y discursos, y que las arengas y promesas hacían muchas veces olvidar los peligros y, en ocasiones, hasta despreciar la muerte, reunió por este motivo a los más valientes de
34 sus hombres y les puso a prueba con estas palabras: «Compañeros de lucha, aconsejar realizar hazañas que no comporten peligro no es glorioso para los que son exhortados y supone una señal de cobardía para el autor de la arenga.
35 Creo que es necesario animar a entrar en acción sólo en el caso de empresas arriesgadas, ya que conviene que los otros
36 actos los haga cada uno por su cuenta. En consecuencia, yo mismo os confieso que es difícil la escalada del muro. Sin embargo, también os digo que para los que aspiran al valor es muy conveniente luchar contra las dificultades, que es bello morir con gloria y que no quedará sin recompensa la nobleza de los que afronten el riesgo los primeros. A conti-
37 nuación voy a detallaros estos puntos. En primer lugar, la fortaleza de los judíos y su tenacidad, que tal vez haría de-
38 sistir a otros, ha de ser para vosotros un estímulo. Sería una vergüenza que los romanos, mis soldados, que durante la paz han sido instruidos para la guerra y que están acostumbrados a vencer en el combate[11], fuesen inferiores a los hebreos en fuerza física y espíritu. Además esto ocurre cuando la consecución del triunfo está cerca y Dios colabora con
39 nosotros[12]. Nuestros reveses proceden de la desesperación

[11] Estas ideas han sido destacadas en el *excursus* sobre el ejército romano; cf. III 72.

[12] En boca del propio Tito queda claramente expuesta la teología flaviana: el Dios de los hebreos se ha puesto del lado de los romanos en esta guerra y ha abandonado a su pueblo. La presencia de la divinidad y de la providencia ha estado siempre presente en la persona de Vespasiano, ma-

de los judíos, mientras que sus sufrimientos aumentan con
nuestro valor y con la participación de la divinidad. La sedi- 40
ción, el hambre, el asedio y los muros que se vienen abajo
sin la acción de las máquinas, ¿Qué son, si no indicios de la
cólera divina contra ellos y de la correspondiente ayuda para
nosotros? Realmente no sería propio de romanos no sólo el 41
ser vencidos por individuos inferiores, sino también el trai-
cionar la alianza divina. Cómo no va a ser una vergüenza 42
que los judíos, que no tienen ningún reparo en ser domina-
dos, porque ya conocen la esclavitud[13], desprecien la muerte
para no tener que padecer más esa servidumbre y hagan
muchas veces incursiones contra nosotros, no por la espe-
ranza de obtener el triunfo, sino para demostrar su valentía.
Y que en cambio, vosotros, que sois dueños de casi toda la 43
tierra y del mar, y para quienes es también un oprobio no
vencer, no os arriesguéis ni una sola vez a atacar a los ene-
migos, sino que, con armas tan poderosas, esperéis sentados 44
sin hacer nada el hambre y el golpe de la Fortuna[14], cuando
podíais obtener el triunfo total con un pequeño riesgo[15]. Si 45
subimos a la torre Antonia, nos apoderaremos de la ciudad,
pues, aunque surgiera algún combate contra los de dentro,
algo que no creo que ocurra, el estar en la cima de la colina
y el dejar sin aliento a los enemigos nos aseguran una victo-
ria total en poco tiempo. Yo, por mi parte, dejo a un lado el 46
elogio de la muerte en la guerra y la inmortalidad de los que

nifestada con especial relieve en su elección, y en la de Tito. A lo largo de este discurso y en los hechos posteriores Josefo repetirá este mismo argumento, que constituye uno de los objetivos básicos de su obra.

[13] Esta misma idea les recordaba el rey Agripa a los judíos en su famoso discurso; cf. II 355-357.

[14] Otro caso más de la personificación de la Fortuna o Destino; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[15] TÁCITO, *Historias* V 11, se hace eco de esta espera a que el hambre acabara con los sitiados.

caen por el furor bélico[16], y desearía que los que piensan de
otra forma murieran de enfermedad en tiempo de paz, ya
que su alma está condenada a permanecer en la tumba junto
47 con su cuerpo. ¿Qué hombre valiente no sabe que las almas
que han sido separadas de la carne por el hierro en la lucha
son acogidas por el éter, el más puro de los elementos, que
las coloca entre los astros, y que se convierten para la poste-
48 ridad en genios buenos y héroes bienhechores?[17]. Mientras
que las almas que se consumen a la vez que sus cuerpos en-
fermos, aunque no tengan manchas ni impurezas, la noche
subterránea acaba con ellas y un profundo olvido las recibe,
de modo que así consiguen a la vez la desaparición de su
49 vida, de su cuerpo y también de su recuerdo. Si el Destino
ha fijado para el ser humano una muerte irremediable y el
hierro es mejor verdugo para ella que cualquier enfermedad,
¿cómo no va a ser una cobardía negar al bien común lo que
50 debemos pagar por necesidad? He dicho estas palabras co-
mo si las personas que intentaran esta hazaña no pudieran
salvarse; sin embargo, a los hombres valientes les es factible
51 librarse incluso de los peores peligros. En primer lugar, es

[16] La muerte en la batalla y el martirio como vía para alcanzar la inmortalidad pertenece más bien al pensamiento judío, a pesar de ser Tito el que exprese estas ideas; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 7, 9 y *Contra Apión* II 232 ss.

[17] En estas palabras se perciben conceptos de la doctrina estoica sobre la inmortalidad del alma, si bien también hay ciertos puntos de contacto con la doctrina de los esenios sobre el más allá, según se comentó en nota a II 154. Josefo se había sentido atraído también por las creencias fariseas, ya que éstas mostraban puntos de contacto con la filosofía estoica. Los fariseos habían convertido en un elemento esencial de su doctrina la inmortalidad del alma, que no aparecía en los textos bíblicos. La base de su creencia eran las recompensas y castigos que se recibían después de la muerte, así como la dicotomía entre la Providencia divina y el libre albedrío; cf. II 163, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

fácil subir por la brecha abierta en el muro, y, en segundo lugar, todo lo que acaban de construir[18] es sencillo de demoler. Vosotros, que sois más numerosos, animaos a entrar en acción, sed acicate y ayuda los unos para los otros, y así vuestra tenacidad rápidamente quebrantará el valor de los
enemigos. Quizá alcancéis la victoria sin derramamiento de 52
sangre nada más empezar. Lógicamente los judíos intentarán impedir que escaléis, pero ya no podrán resistirlo, si forzáis una entrada, sin que ellos os vean, aunque seáis pocos
los que lleguéis. Me avergonzaría si a aquel que escalara el 53
primero no le convirtiera yo en una persona envidiable por las recompensas que le voy a dar: el que sobreviva será el jefe de sus iguales y los que mueran recibirán las más dichosas recompensas».

El sirio Sabino escala la muralla

Cuando Tito terminó su discurso, to- 54
da la multitud se llenó de miedo por la magnitud del peligro, menos uno de los soldados de las cohortes, llamado Sabino y natural de Siria, un hombre de recono-
cida superioridad en fuerza y coraje. Al verlo[19] uno no cree- 55
ría, por su aspecto externo, que ni siquiera era un soldado corriente. Su piel era negra, enjuto, de poca carne, pero en un cuerpo menudo y muy pequeño para tanta fuerza se al-
bergaba un alma heroica. Este personaje fue el primero que 56
se levantó y dijo: «César, me entrego a ti con decisión. Yo soy

[18] El segundo muro que de forma improvisada habían levantado Juan y sus secuaces; cf. VI 31.

[19] A partir de aquí la descripción de los acontecimientos del sitio de Jerusalén evidencia que el propio historiador ha podido ser testigo de los hechos narrados, según se indicó en I 1 ss.

57 el primero que va a escalar la muralla. Pido que tu Fortuna acompañe mi fuerza y mi resolución[20], y, si no consigo mi propósito, ten bien presente que no caeré en contra de mis expectativas, sino que deliberadamente he optado por morir
58 por ti». Tras decir estas palabras levantó su escudo con la mano izquierda por encima de la cabeza, con la derecha sacó su espada y salió corriendo hacia la muralla cuando era
59 exactamente la sexta hora del día[21]. Le siguieron otros once, los únicos que estaban decididos a imitar su valentía. Sabino iba muy por delante de todos impulsado por un cierto arrojo
60 sobrenatural. Desde el muro los centinelas les lanzaban flechas, por todos los sitios les rodeaban con innumerables disparos y hacían rodar inmensas piedras, que arrastraron a al-
61 gunos de los once hombres. Por su parte Sabino, en medio de los tiros y cubierto por las flechas, no cesó en su ímpetu
62 hasta llegar arriba y poner en fuga a los enemigos. Los judíos, asustados ante la fuerza y arrojo de Sabino, y como creían que eran muchos más los que subían con él, se retira-
63 ron. En este momento es donde se podría acusar a la Fortuna de ser envidiosa con la virtud y de oponerse siempre a
64 renombradas hazañas[22]. Pues este hombre, nada más conseguir su propósito, se resbaló, se golpeó con una piedra y cayó de bruces sobre ella con un inmenso estrépito. Los judíos se dieron la vuelta y, al ver que estaba solo y tirado en el
65 suelo, le atacaron por todas partes. Tras apoyarse sobre una rodilla y cubrirse con un escudo, empezó por defenderse y
66 herir a los que se le acercaban. Luego, a causa de los numerosos golpes, dejó caer su brazo derecho y al final, antes de

[20] Sobre la Fortuna que acompaña siempre a la persona de Tito véase V 88.

[21] Las doce de la mañana, según el cómputo horario romano seguido por Flavio Josefo.

[22] Cf. nota a VI 14.

entregar su espíritu, las flechas le cubrieron por todas partes. Este hombre, que por su valor era digno de una suerte mejor, pereció de acuerdo con la hazaña emprendida. Del resto 67
de los hombres que iban con él, tres murieron a pedradas, cuando ya estaban en lo alto, y los otros ocho fueron empujados cuesta abajo y llevados heridos al campamento. Estos acontecimientos tuvieron lugar el tercer día del mes de Panemo[23].

Los soldados romanos avanzan hacia el Templo

Dos días después, veinte de los guar- 68
dianes que vigilaban los terraplenes se agruparon. Se atrajeron también al portaestandarte de la quinta legión[24], así como a dos soldados de las cohortes de caballería y a un trompeta, y en la hora nona de la noche[25] se acercan en silencio a la Antonia a través de los escombros. Mataron a los primeros centinelas que se encontraron dormidos, se apoderaron de la muralla y ordenaron tocar la trompeta.
Al oírlo, los demás guardianes se despertaron de repente y 69
escaparon antes de ver cuántos eran los soldados que habían subido, pues el miedo y la trompeta les habían hecho imaginar que había escalado el muro una gran cantidad de enemigos. Cuando César oyó la señal, rápidamente hizo armar a 70
sus soldados y fue el primero en llegar arriba con sus oficiales y con un grupo de soldados escogidos. Los judíos se 71
refugiaron en el Templo y los romanos penetraron en él por la galería que Juan había abierto contra los terraplenes del

[23] El 22 de julio del 70; cf. VI 22.

[24] La legión V *Macedonica*; cf. V 42.

[25] Aproximadamente las tres de la mañana. Las doce horas de la noche se dividían en cuatro vigilias militares de tres horas cada una de ellas, de acuerdo con los correspondientes turnos de guardia. Este mismo cómputo es el que sigue Josefo en otros pasajes (cf. nota a III 319).

72 adversario[26]. Los rebeldes de los dos bandos, de Juan y de Simón, de forma separada, cerraban el paso a los romanos sin dejar en ningún momento de hacer demostración de una
73 gran fuerza y ardor. Pues tenían la idea de que la entrada de los romanos en el santuario significaba el final de la conquista, mientras que para éstos era el principio del triunfo.
74 Se libró un duro combate junto a la entrada del Templo: los romanos intentaban a la fuerza tomar el lugar, mientras que
75 los judíos los rechazaban hacia la Antonia. Ni las flechas ni las lanzas tenían utilidad para unos y otros, sino que combatían cuerpo a cuerpo con sus espadas en la mano. En la batalla no era posible percibir[27] en qué bando se luchaba, ya que los hombres estaban mezclados y desordenados, a causa del poco espacio que tenían[28], y los gritos no se po-
76 dían entender debido al alboroto. En los dos campos la matanza fue muy grande. Los combatientes destrozaban con
77 sus pisadas los cuerpos y las armas de los caídos. En cualquiera de los puntos donde se inclinaba el oleaje de la refriega, siempre se escuchaban los gritos de ánimo de los vencedores y los lamentos de los vencidos. No había sitio para huir ni para perseguir, sino que se producían avances y retrocesos con casi el mismo desorden que había entre sus
78 filas. Los que se hallaban en los primeros puestos no tenían otro remedio que morir o matar, pues no había escapatoria. Los que iban detrás, en uno y otro bando, empujaban a la

[26] Cf. V 469 y VI 28. Los subterráneos, con diferentes redes e itinerarios, que había debajo del Templo y de la Antonia eran numerosos según se indica en *Antigüedades* XV 424 y como parece desprenderse de lo expuesto en V 102, 104 y VII 29.

[27] Quizá Josefo presenció directamente estos acontecimientos junto a Tito; cf. nota a VI 55.

[28] La lucha se está produciendo en las entradas del Templo, tanto en las escaleras de acceso (cf. V 243) como en las salidas de las galerías subterráneas, lugares todos ellos estrechos.

fuerza a sus propios compañeros hacia adelante, sin dejarles espacio para combatir. Sin embargo, el arrojo judío se im- 79
puso sobre la experiencia romana y los efectivos de estos últimos empezaron a ceder por todas partes, pues llevaban luchando desde la hora nona de la noche hasta la séptima del día[29]. Los judíos, como una piña, dieron pasto a su va- 80
lentía ante el peligro de la conquista de la ciudad que les amenazaba, mientras que los romanos se encontraban sólo con una parte de sus tropas, ya que las legiones aún no habían llegado a lo alto, a pesar de que los combatientes tenían puestas sus esperanzas en ellas. Por tanto, les pareció de momento suficiente haber conquistado la Antonia.

El centurión Juliano

Un cierto Juliano, centurión de Biti- 81
nia, hombre famoso, el mejor de todos los que yo vi[30] en aquella guerra por su destreza en el empleo de las armas, su fuerza física y la tenacidad de su espíritu, se dio 82
cuenta de que los romanos ya retrocedían y que se defendían con dificultad. Estaba con Tito en la torre Antonia y desde allí dio un salto y él sólo hizo que los judíos, aunque ya eran los vencedores, retrocedieran hasta el ángulo[31] del Templo interior. Toda la multitud huyó en grupo, pues creían que aquella fuerza y audacia no eran propias de un ser humano. Juliano iba de un lado para otro en medio de 83
los judíos, que se habían dispersado, y mataba a cuantos se encontraba. Nada pareció más admirable a César ni más te-

[29] Hasta la una de la tarde; cf. VI 68.

[30] Esta expresión parece confirmar la presencia de Josefo en los acontecimientos narrados, al menos en estos últimos momentos de la toma de Jerusalén; cf. nota a VI 55.

[31] El ángulo noroeste.

84 rrible para los enemigos que ver aquel espectáculo. No obs-
tante, también[32] Juliano fue perseguido por el Destino, al que
85 no puede escapar ningún mortal. Como todos los demás
soldados, llevaba unas sandalias provistas de numerosos y
agudos clavos[33]; resbaló al correr por el pavimento del Tem-
plo[34] y cayó de espaldas con un inmenso estrépito de su ar-
madura. Esto hizo que los que habían huido se dieran la
86 vuelta. Un grito estalló entre los romanos de la Antonia, que
temían por este hombre. Los judíos le rodearon en tropel y
87 le atacaron por todas partes con lanzas y espadas. Él hizo
frente muchas veces al hierro con su escudo y en numero-
sas ocasiones, cuando intentaba levantarse, era empujado de
nuevo por la multitud. Sin embargo, aún tirado en el suelo,
88 hirió con su espada a muchos adversarios. Juliano tardó en
morir, porque el casco y la coraza le protegían sus partes
vitales contra los ataques y porque tenía el cuello encogido.
Finalmente, destrozados los demás miembros de su cuerpo y
89 sin que nadie se atreviera a ayudarle, pereció. Un terrible
pesar se apoderó de César por un hombre tan valeroso que
había muerto ante la vista de tanta gente. El lugar en que se
hallaba fue un obstáculo para que el propio César le ayuda-
ra, a pesar de que quería hacerlo, mientras el miedo se lo
90 impidió a los que podían haberle socorrido. En consecuen-
cia, Juliano fue degollado no sin dificultad, tras luchar du-
rante largo tiempo con la muerte y sin dejar ilesos a muchos
de los que le atacaron. Obtuvo una destacadísima gloria no
sólo ante los romanos y ante César, sino también ante sus ene-
91 migos. Los judíos cogieron su cadáver, volvieron a empujar
a los romanos hasta la torre Antonia y allí los encerraron.

---

[32] Como antes ha ocurrido con Sabino; cf. VI 63.

[33] THACKERAY, *ad loc.*, ve en esta expresión una reminiscencia homérica de *Ilíada* I 246 y XI 633.

[34] El atrio exterior estaba empedrado por unas amplias losas.

En este combate lucharon de forma destacada entre los ju- 92
díos un tal Alexas y Gifteo[35], de las tropas de Juan, Malaquías, Judas, el hijo de Mertón, y Jacobo[36], hijo de Sosas, jefe de los idumeos, de los efectivos de Simón, y del grupo de los zelotes, dos hermanos, Simón y Judas, hijos de Ari.

Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados

Tito ordenó a los soldados que esta- 93
ban con él acabar con los cimientos de la Antonia y abrir asi una entrada fácil para todo el ejército. Mientras, él mismo man- 94
dó llamar a Josefo, pues se había enterado de que en aquel día, el diecisiete del mes de Panemo[37], por falta de hombres, no se había podido ofrecer a Dios el llamado sacrificio perpetuo[38] y que por ello el pueblo estaba muy disgustado. Tito le 95
mandó de nuevo decir a Juan lo mismo de antes[39], a saber,

[35] Citado en V 474.

[36] Cf. IV 235.

[37] Este día, 17 de Panemo o 17 del mes hebreo Tammuz, en agosto del año 70, es recordado por la tradición como el más desastroso de todos los que ha tenido que padecer el pueblo judío; cf. A. Guttmann, «The end of the Jewish sacrificial cult», *Hebrew Union College Annual* 39 (1967), 137-158.

[38] Diariamente, por la mañana y por la tarde, se ofrecían sendos corderos sin mancha acompañados de una ofrenda vegetal y una libación, por prescripción del *Éxodo* 29, 38-42 y *Números* 28, 3-8 (cf. también *Antigüedades* XIV 65). Este holocausto, denominado *tamid*, era considerado como el centro del culto y se había mantenido en todo momento desde tiempo inmemorial, incluso durante el asedio y la toma de la ciudad por parte de Pompeyo (cf. I 148). No obstante, en I 33 se ha relatado otro momento de interrupción temporal de este rito, a saber, bajo el dominio de Jerusalén por Antíoco IV Epífanes, que suspendió este sacrificio durante tres años y seis meses.

[39] Las exhortaciones que Tito había hecho a los judíos delante de las murallas en V 362-419.

que si se había apoderado de él un funesto deseo de luchar, se le permitía salir fuera a combatir con cuanta gente quisiera, sin arrastrar en su propia caída a la ciudad y al Templo. Que dejara de mancillar el lugar sagrado y de ofender a Dios. Tito le permitía celebrar los sacrificios, que habían sido in-
96 terrumpidos, con los judíos que él eligiera. Josefo, para que le pudieran entender no sólo Juan, sino también los demás,
97 les comunicó en hebreo[40] las palabras del César. Les hizo innumerables ruegos para que respetasen su patria, para que alejasen del Templo el fuego, que ya ardía, y dirigieran a
98 Dios sacrificios de expiación[41]. El pueblo reaccionó con desesperación y silencio a estas arengas, si bien el tirano[42], tras llenar a Josefo de insultos y maldiciones, acabó por añadir que nunca tendría miedo a la conquista de la ciudad,
99 porque ésta pertenecía a Dios[43]. En respuesta a esta afirmación Josefo dijo a gritos: «¡En verdad tú has conservado pura la ciudad para Dios y su santuario permanece sin mancha! ¡Tampoco has cometido ninguna impiedad contra Aquél, a quien esperas tener de aliado, sino que aún recibe los sacri-
100 ficios acostumbrados! ¡Maldito!, si alguien te quita el alimento diario, le consideras un enemigo, en cambio, tú, que

---

[40] Más bien en arameo, ya que el hebreo no se hablaba desde la vuelta del destierro. Sin embargo esta denominación de la lengua materna de los judíos sigue utilizándose en algunos textos de esta época, como por ejemplo en *Hechos de los Apóstoles* 21, 40 y 22, 2.

[41] Sacrificios expiatorios para purificarse, después de haber mancillado y profanado el Templo. Para hacer desaparecer la ira de Dios y recuperar su favor se seguía todo un ritual donde lo fundamental era la aspersión de sangre sobre los objetos del culto y sobre el pueblo. Esto es lo que hizo Judas Macabeo tras reconquistar el Templo, como se relató en I 39.

[42] Juan de Giscala.

[43] La confianza en Dios como aliado y en la inexpugnabilidad del Templo se ha comentado en nota a IV 127 y V 459.

has arrebatado a Dios su culto perpetuo, ¿esperas tenerle como aliado en la guerra? ¿Echas la culpa de tus pecados a 101
los romanos, que hasta ahora se preocupan de nuestras leyes e intentan reestablecer para Dios los sacrificios que tú has interrumpido?[44]. ¿Quién no va a lamentarse y a llorar por el 102
inesperado cambio que se ha producido en Jerusalén, si los extranjeros y los enemigos enderezan tu impiedad, mientras que tú, un judío que has sido educado en nuestras leyes, te comportas con ellas mucho peor que aquéllos? Sin embar- 103
go, Juan, no es algo vergonzoso arrepentirse de los crímenes en el último momento. Constituye un hermoso ejemplo para ti, si quieres salvar a tu patria, el caso del rey judío Jeconías. Antaño, cuando, por culpa del propio monarca, venía contra 104
él el ejército babilonio, salió de la ciudad voluntariamente, antes de que se apoderara de ella, y se ofreció con su familia de buen grado a la esclavitud, para así no entregar a los enemigos estos santos lugares y no ver arder la casa de Dios[45]. Por ello las leyendas sagradas de todos los judíos 105
celebran a este rey y su recuerdo inmortal, siempre vivo en su discurrir a través de los siglos, se transmite a la posteridad. Es un hermoso ejemplo, Juan, aunque de él se derive 106
algún peligro. Yo te garantizo el perdón de los romanos. Recuerda que te lo aconsejo yo, que soy de tu misma na- 107
ción, y que te lo prometo yo, que soy un judío, pues es necesario tener en cuenta quién es el consejero y de dónde procede. ¡Que nunca viva yo como prisionero de guerra en una situación tal que reniegue de mi origen o me olvide de

[44] Otra de las muchas afirmaciones filorromanas de esta obra, en este caso en boca del propio autor; cf. VI 94.

[45] Esta historia es narrada en *II Reyes* 24 12, aunque en esta ocasión Josefo la amplía sensiblemente; cf. también *Antigüedades* X 100.

108 mi patria![46]. De nuevo te enojas conmigo y me insultas a gritos. Reproches aún mayores merezco yo, que, en contra del Destino, te exhorto y me esfuerzo por salvar a los que ya
109 han sido condenados por Dios[47]. ¿Quién no conoce los escritos de los antiguos profetas y el oráculo sobre esta desgraciada ciudad que ahora está a punto de cumplirse? Vaticinaron su conquista en el preciso momento en que alguien
110 iniciase la matanza de sus compatriotas[48]. ¿Y no está ahora la ciudad y todo el Templo repletos de vuestros cadáveres? Dios, el propio Dios, es el que trae, junto con los romanos, el fuego purificador[49] y arrasa una ciudad llena de tantos crímenes».

Deserciones judías

111 Josefo decía estas palabras con gemidos y lágrimas, y los sollozos entrecor-
112 taban su voz. Los romanos también se apiadaron de sus sufrimientos y se admiraron de su fortaleza. En cambio, los partidarios de Juan se enardecieron aún más contra los roma-
113 nos, pues deseaban coger a Josefo. El discurso conmovió a muchos notables judíos. Algunos, por miedo a los guardias

---

[46] Flavio Josefo no era ya en este momento prisionero de guerra, pues había sido liberado en diciembre del año 69, cuando Vespasiano fue proclamado emperador; cf. IV 622.

[47] Una de tantas identificaciones entre el Destino y Dios; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[48] La creencia en las profecías bíblicas sobre la destrucción del Templo se hallaba entonces en su momento álgido; cf. nota a IV 388. Thackeray, *ad loc.*, cree que puede tratarse de una referencia a *Oráculos Sibilinos* IV 115 ss., que se sitúan cronológicamente en torno al año 80 d. C.

[49] En los textos bíblicos el fuego es un elemento escatológico que simboliza la ira de Dios y la purificación de todo lo que es impuro; cf. *Isaías* 26, 11; *Jeremías* 4, 4 o *Apocalipsis* 8, 8 ss.

de los rebeldes, permanecieron en sus puestos, aunque estaban seguros de su propia ruina y de la ciudad. Había, en cambio, otros que esperaron el momento de escapar sin peligro y se refugiaron en el bando romano. Entre estos últi- 114
mos estaban los sumos sacerdotes Josefo y Jesús, algunos hijos de sumos sacerdotes, como los tres hijos de Ismael[50], el que había sido decapitado en Cirene, cuatro de Matías y uno de otro Matías, que huyó tras morir su padre, al que había matado Simón, el hijo de Giora, junto con sus tres vástagos, según he dicho antes[51]. Muchos otros judíos notables
se pasaron al enemigo con los sumos sacerdotes. César los 115
recibió con magnanimidad y, además, como sabía que no les sería grato vivir con costumbres extranjeras, los envió a Gofna y les aconsejó permanecer de momento allí, pues les devolvería sus posesiones cuando tuviera tiempo después de
la guerra. Ellos se marcharon contentos y totalmente segu- 116
ros a la aldea que les habían asignado. Como no se les volvió a ver, los rebeldes hicieron correr de nuevo el rumor de que los desertores habían sido degollados por los romanos[52], para así claramente meter miedo a los demás e impe-
dir que huyeran. La estratagema resultó bien durante un 117
tiempo, como ya había ocurrido antes[53], pues el temor consiguió que nadie desertara.

118 Pero más adelante, cuando Tito hizo volver de nuevo a los de Gofna y les ordenó rodear con Josefo las murallas para así ser vistos por el pueblo, un gran número de judíos se pasó

[50] Tal vez sea Ismael, hijo de Fabí, nombrado sumo sacerdote por el rey Agripa, y que acudió en una embajada ante Nerón, que lo retuvo en Roma como rehén; cf. *Antigüedades* XVIII 34, XX 179 y 194.

[51] En V 527-531 se ha dicho, en cambio, que este hijo de Matías había huido entonces junto a Tito, antes de morir su padre.

[52] Esta estratagema ya la habían practicado antes; cf. V 453.

[53] Cf. V 452-456.

119 entonces a los romanos. Los que se habían cambiado de bando se concentraron delante de los romanos y pidieron con llantos y lágrimas a los sediciosos que, en primer lugar, recibieran en toda la ciudad a los romanos y salvaran así de
120 nuevo su patria. Si no, que al menos abandonaran totalmente el Templo y preservaran para ellos el santuario, pues los enemigos no se atreverían a prender fuego a los Santos Lugares,
121 a no ser en caso de extrema necesidad. Los rebeldes se mostraron aún más hostiles ante estas propuestas: a los desertores les dieron en respuesta numerosos gritos injuriosos y dispusieron en las puertas sagradas las oxibelas[54], las catapultas y las máquinas lanzadoras de piedras[55], de modo que el Templo en sus alrededores daba el aspecto de un cementerio a causa de la cantidad de cadáveres que había y el propio santuario
122 parecía una fortaleza. Los rebeldes entraban corriendo en el interior del recinto sagrado e impenetrable[56] con sus armas y con las manos aún calientes por la matanza de compatriotas[57]. Llegaron a tal punto de crueldad que la indignación que lógicamente habrían sentido los judíos, si los romanos hubieran cometido tales ultrajes contra ellos, la sentían ahora los propios romanos contra los judíos por cometer sacrilegios contra
123 su propia religión. No había ningún soldado que no mirara el Templo con temor respetuoso y veneración, y que no pidiera a los bandidos que se arrepintieran antes de que sus desgracias fueran irreparables.

---

[54] Cf. nota a IV 583.

[55] Es decir, balistas; cf. nota a IV 19.

[56] El altar, el lugar de los sacrificios y el Santo de los Santos, la zona más interior del santuario, donde sólo podían entrar normalmente los sacerdotes; cf. V 219 y 226.

[57] Josefo insiste en este lugar en la purificación previa a la entrada del Templo, que lógicamente estos profanadores no cumplían; cf. nota a IV 205.

Nuevas exhortaciones de Tito

Tito, muy disgustado por la situación, 124
volvió a hacer los siguientes reproches a los hombres de Juan: «Malvados, ¿no habéis colocado vosotros esta balaustrada delante de los recintos sagrados? ¿No ha- 125
béis intercalado allí pilares con inscripciones en griego y en nuestra lengua para prohibir que nadie cruzara el parapeto?[58].
¿No os autorizamos nosotros a ejecutar a los que lo atravesa- 126
ran, aunque fueran romanos los que lo hicieran? ¿Por qué ahora, criminales, pisoteáis en el Templo incluso a los cadáveres? ¿Por qué mancilláis el santuario con sangre extranjera
y de vuestros compatriotas? Pongo por testigos a los dioses de 127
mi patria y a aquella deidad que alguna vez haya cuidado de este lugar, pues creo que ahora no le ayuda ninguna, también pongo por testigo a mi ejército, a los judíos que están conmigo y a vosotros mismos de que yo no os obligo a profanar
estos lugares. Si buscáis otro campo de batalla[59], ningún ro- 128
mano se acercará a los recintos sagrados ni los ultrajará, y yo os conservaré el Templo, aunque no queráis.

Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes

Josefo tradujo estas palabras de César 129
y los bandidos y el tirano[60] las recibieron con desprecio, ya que pensaban que estas arengas se habían producido no por benevolencia, sino por miedo. Cuando Tito 130
vio que aquellos hombres no tenían piedad de sí mismos ni consideración para con su Templo, emprendió de nuevo,
muy a pesar suyo, las actividades bélicas. No era posible 131

[58] Sobre la balaustrada y las inscripciones que cerraban el paso a los extranjeros véanse las notas a V 193-194.

[59] Esta propuesta se les ha hecho ya antes repetidamente; cf. V 334 y VI 95.

[60] Juan de Giscala.

llevar todas sus tropas contra ellos, dada la estrechez del lugar. Eligió de cada una de las centurias treinta de los mejores soldados, asignó mil a cada tribuno, puso al frente de ellos como general a Cereal[61] y le encomendó atacar a los
132 centinelas sobre la hora nona de la noche[62]. Él mismo estaba armado y preparado para bajar con sus tropas a luchar, pero sus amigos se lo impidieron por la magnitud del riesgo
133 y por las palabras de sus oficiales. Le habían dicho que sería más útil si se quedaba en la torre Antonia y dirigía la lucha de sus hombres, en lugar de bajar y exponerse el primero al peligro, pues todos, al ser observados por César, serían bue-
134 nos luchadores. Tito fue convencido por estas razones y les confesó que él se quedaba detrás con la única intención de juzgar su valor y no dejar sin recompensa a ningún valiente ni sin castigo a ningún cobarde. Él sería espectador y testigo
135 de todo, y tendría la autoridad para castigar y premiar. Los envió a la lucha a la hora establecida, mientras él se subió a un punto elevado de la Antonia, desde donde había una buena visión, y esperó el desarrollo de los acontecimientos[63].

136 Sin embargo, los hombres enviados por Tito no encontraron dormidos a los guardias, como habían esperado, sino que inmediatamente tuvieron que combatir con ellos cuerpo a cuerpo, pues se les abalanzaron dando gritos. Los demás, ante el clamor de los centinelas, salieron corriendo en gru-
137 pos desde el interior. Los romanos resistieron los ataques de los primeros, pero los que venían detrás cayeron contra sus propias tropas y muchos tomaron a sus compañeros como
138 enemigos. El confuso griterío que se produjo en ambas par-

[61] Sexto Ceral Vetuleno, legado de la quinta legión, que desempeñó un importante papel en la lucha contra los idumeos; cf. IV 552-555.

[62] Las tres de la mañana; cf. VI 68.

[63] Cf. nota a VI 55 y 75.

tes no permitía reconocer a nadie por la voz, y la noche impedía distinguirse por la vista. Además, a unos no les dejaba ver el furor y a otros el miedo. Por ello golpeaban sin distinción al que se les pusiera delante. No obstante, el hecho de 139
no reconocerse no perjudicaba tanto a los romanos, que se cubrían con sus escudos y que luchaban en unidades ordenadas, pues cada uno de ellos recordaba la contraseña. Los 140
judíos, en cambio, siempre se hallaban dispersos, atacaban y se retiraban al azar, y muchas veces se confundían unos a otros por enemigos, ya que, a causa de la oscuridad, creían que era un romano el que les acometía, cuando alguno de los suyos retrocedía. Fueron más los judíos heridos por sus 141
propios compañeros que por los enemigos, hasta que al llegar el día se podía ver ya el desenlace de la batalla. Entonces, los dos bandos, distribuidos en unidades, dispararon y se defendieron en buen orden. Ni unos ni otros cedían ni se 142
fatigaban, sino que los romanos, como César les vigilaba, rivalizaban entre sí de forma individual y en grupo, y cada uno de ellos creía que ese día sería el comienzo de su éxito, si luchaba con valentía. A los judíos, por su parte, les agu- 143
zaba su valor tanto el miedo que sentían por ellos mismos y el Templo como el tirano[64] que les vigilaba, que a unos les animaba y a otros les golpeaba y amenazaba. Durante la 144
mayor parte del tiempo el combate se mantenía estacionario, sin embargo enseguida y de forma rápida la suerte cambiaba, puesto que ninguno de los dos bandos tenía espacio para huir o para atacar. En todo momento, de acuerdo con lo que 145
allí ocurría, salían clamores diversos desde la torre Antonia: los romanos, cuando vencían los suyos, les gritaban que tuvieran coraje, mientras que les pedían que resistieran, cuando retrocedían. El espectáculo era como ver una guerra en 146

[64] Juan de Giscala.

un teatro[65], pues nada de lo que ocurría en el combate les pasaba desapercibido a Tito ni a ninguno de los que estaban
147 con él. Finalmente, tras haber empezado a la hora nona de la noche, se separararon después de la quinta del día[66] en el mismo lugar en el que habían iniciado la refriega, sin que uno ni otro hubiera hecho retroceder claramente al adversario, sino que dejaron la victoria indecisa en medio de ellos.
148 Muchos romanos pelearon con distinción; entre los judíos destacaron Judas, el hijo de Mareoto, y Simón, el hijo de Oseas, del bando de Simón; entre los idumeos, Jacobo y Simón, éste era hijo de Acatela[67], mientras que Jacobo lo era de Sosas; de los hombres de Juan, Gefteo y Alexas; y de los Zelotes, Simón, el hijo de Ari.

149 Entretanto el resto del ejército romano había demolido en siete días los cimientos de la Antonia, de modo que así
150 había abierto un ancho acceso al Templo. Las legiones se acercaron al primer recinto y empezaron a levantar los terraplenes, uno enfrente del ángulo noroeste interior del Templo, otro hacia la exedra norte[68], que estaba entre las
151 dos puertas. También construyeron otros dos, uno hacia el pórtico occidental del Templo exterior y el otro, por fuera, frente al pórtico norte. Los romanos llevaron adelante estas obras con muchos esfuerzos y problemas, porque traían la madera desde una distancia de cien estadios[69].

---

[65] Como ha ocurrido, entre otros, en el caso de los falsos juicios contra Fani y Zacarías (cf. IV 156, 336), nuestro autor se sirve del símil de una representación teatral.

[66] Las once de la mañana.

[67] Es el mismo personaje que en IV 271 y en V 249 aparece con la varitante Caata.

[68] Cf. V 203.

[69] En VI 5 se ha dicho que los romanos habían talado los árboles en un espacio de 90 estadios alrededor de la ciudad.

Ofensiva judía

En varias ocasiones los romanos sufrieron emboscadas, ya que debido a la superioridad de su fuerza se hallaban menos precavidos, mientras que tenían como enemigos a judíos que habían aumentado su audacia por la falta de esperanzas en salvarse. Algunos de los soldados de caballería, siempre que salían a recoger madera o forraje, soltaban y quitaban las bridas durante este tiempo a los caballos para que pastaran. Los judíos aparecían entonces en tropel y les arrebataban los animales. Al suceder esto con frecuencia, César pensó, lo que realmente así era, que tales pillajes se debían a la despreocupación de sus hombres más que a la valentía de los judíos, y decidió tomar medidas más duras para que los demás pusieran más cuidado en la vigilancia de sus caballos. Ordenó someter a pena de muerte a uno de los soldados que había perdido su animal y con este amedrentamiento salvó los caballos de los otros. En efecto, ya nunca más los dejaban pastar, sino que los llevaban a hacer sus tareas, como si estuvieran unidos a ellos por naturaleza. A pesar de todo esto, los romanos seguían sus ataques contra el Templo y levantaban los terraplenes.

152
153
154
155
156

Al día siguiente de la entrada de las legiones muchos de los rebeldes, que ya no podían rapiñar nada y a los que el hambre acuciaba, se reunieron y atacaron a los centinelas romanos del monte de los Olivos[70] alrededor de la undécima hora del día[71]. Pensaban que podrían abrirse paso fácilmente, primero porque los encontrarían desprevenidos y, segundo, porque estarían descansando. Sin embargo, los romanos presintieron su llegada, se agruparon enseguida des-

157
158

[70] En este lugar se hallaba el campamento de la décima legión; cf. V 70 y 135.

[71] Sobre las cinco de la tarde.

de los puestos de vigilancia próximos y frenaron sus intentos de
159 asaltar y de atravesar la fortificación. Se produjo un violento combate y en los dos bandos se realizaron muchas nobles hazañas: los romanos se sirvieron de su experiencia en la guerra, además de la fuerza, y los judíos de un ímpetu immoderado y
160 de un furor sin límites. A los primeros les dirigía el honor y a los segundos la necesidad. Pues a los romanos les parecía una vergüenza dejar escapar a los judíos, que estaban atrapados como por una red, mientras que estos últimos tenían como única esperanza de salvación franquear el muro a la fuerza.

El jinete Pedanio

161 Uno de los jinetes de las cohortes, llamado Pedanio, cuando los judíos se habían dado ya la vuelta y eran empujados en masa hacia el interior del barranco, con furia galopó de lado con su caballo y cogió y levantó por el tobillo a uno de los enemigos que huía, un joven que, además de tener un cuerpo fuerte, iba recubierto totalmente
162 por una armadura. Se inclinaba con el caballo, mientras iba montado en él, con el mismo grado de fuerza que demostró tener en su mano y en todo el cuerpo, además de con su ex-
163 periencia hípica. Pedanio llevó al prisionero a César, como si se hubiera apoderado de un objeto preciado. Tito se admiró de la resistencia del que había sido el autor de esta captura y ordenó castigar al cautivo por haber atacado el muro. Él, mientras, estaba ocupado en el ataque al Templo y se daba prisa en la construcción de los terraplenes.

Incendio de los pórticos del Templo

164 Entretanto los judíos, que siempre habían sido perjudicados en los combates, como la guerra poco a poco iba hacia su final y penetraba ya en el Templo, cortaron los miembros infectados, igual que se hace con un cuer-

po con gangrena, antes de que se extendiera la enfermedad.
Quemaron el pórtico del lado noroeste, por la parte que se 165 comunicaba con la Antonia, y luego demolieron en él una extensión de veinte codos, de modo que así empezaron a incendiar con sus propias manos el santuario[72]. Dos días des- 166 pués, el día veinticuatro del mes antes mencionado[73], los romanos prendieron fuego por debajo al pórtico contiguo a éste. Después de que la llama se extendió hasta unos quince codos, los judíos a su vez derribaron su techumbre y, sin abandonar en ningún momento estas tareas, cortaron su conexión con la torre Antonia[74]. Por ello, aunque les era posi- 167 ble impedir que los romanos quemaran los pórticos, ellos no hicieron nada ante la propagación de las llamas, sino que calcularon el beneficio que les podía acarrear la extensión del fuego. Por otra parte, no cesaban las escaramuzas en torno 168 al Templo, sino que la guerra se desarrollaba sin cesar entre pequeños grupos que salían a enfrentarse unos contra otros.

Jonatán y Pudente

En aquellos días un judío, un hombre 169 de baja estatura, de aspecto miserable, sin ninguna distinción ni por su origen ni por ninguna otra cualidad, llamado Jonatán, se acercó a la tumba del sumo sacerdote Juan[75], lleno de soberbia profirió contra los romanos numerosos insultos y de-

[72] Josefo quiere dejar claro que los causantes de la destrucción de la ciudad y del Templo fueron los propios judíos, en concreto ese pequeño grupo de «rebeldes». Así se cumplían las profecías que anunciaban que «manos de la propia patria» profanarían el Lugar Santo (cf. IV 388). Precisamente uno de los temas recurrentes de esta obra es que los romanos no infligieron contra los judíos males peores que los que estos últimos se hicieron a sí mismos.

[73] El 24 del mes de Panemo, es decir, a principios de agosto.

[74] Cf. V 243.

[75] Sobre este monumento véase V 259.

170 safió al mejor de ellos a batirse cara a cara con él. La mayoría de los soldados que estaban alineados enfrente no le prestó atención. Había algunos que, lógicamente, tenían miedo, mientras que de otros se apoderó la idea razonable
171 de no pelear con un hombre que quería morir. Pues los que han perdido toda esperanza de salvación tienen un ardor excesivo y no respetan ni a Dios[76]. Además, no es propio de un valiente, sino de un temerario, enfrentarse a gente de quien no se deriva una importante victoria y por quien re-
172 sulta peligroso y vergonzoso ser derrotado. Durante un largo espacio de tiempo ningún romano salió contra él y una y otra vez el judío les tachó de cobardes, ya que era un individuo muy fanfarrón y soberbio. Uno de los romanos, llamado Pudente, del ala de caballería, harto de sus insultos y de su
173 insolencia, y quizá también irreflexivamente enardecido por su baja estatura, se lanzó contra él. Estuvo airoso en la refriega, pero fue traicionado por la Fortuna, pues se resbaló[77]
174 y Jonatán se precipitó sobre él y lo mató. Luego se subió encima del cadáver y agitó la espada llena de sangre con la mano derecha y el escudo con la izquierda. Profería numerosos gritos de guerra contra el ejército, se mofaba del caído
175 y se reía de los romanos que le observaban. Hasta que al final un centurión, Prisco, disparó su arco y le atrevesó con una flecha, mientras bailaba y decía necedades. Ante este
176 hecho se produjo a la vez, aunque por razones distintas, un griterío entre judíos y romanos. Jonatán retorciéndose por el dolor se desplomó sobre el cuerpo de su enemigo y así de-

[76] El sentido de esta frase es bastante confuso, habida cuenta además de los problemas textuales del pasaje.

[77] Como bien señala Ricciotti en su comentario, resulta llamativo el hecho de que los héroes romanos acaben su vida resbalando o cayéndose fortuitamente en esta guerra. Tal es el caso de Sabino (VI 64), de Juliano (VI 85) o éste de Pudente.

mostró que en la guerra la venganza rápidamente se apodera del que ha obtenido un éxito inmerecido.

Estratagema judía

Los rebeldes del Templo, que no pa- 177
raban de repeler abiertamente todos los días a los soldados de los terraplenes, el veintisiete del mes antes mencionado[78]
prepararon la siguiente estratagema. En el 178
pórtico oeste llenaron con leña seca, betún y pez el espacio comprendido entre las vigas y el artesonado que está debajo de ellas, y luego se retiraron como si estuvieran muy cansa-
dos. Ante ello muchos soldados de forma irreflexiva, em- 179
pujados por su arrojo, persiguieron a los que se retiraban y saltaron sobre el pórtico, tras tender sus escaleras. En cambio, los más prudentes, que sospechaban de la inexplicada
huida de los judíos, permanecieron quietos. El pórtico esta- 180
ba, entonces, lleno de los romanos que habían subido, y en ese momento los judíos le prendieron fuego por todas partes. De repente las llamas se propagaron por uno y otro lado; un tremendo espanto se adueñó de los romanos que estaban fuera de peligro y una desesperación hizo mella en los
que se hallaban presos en él. Rodeados por el fuego, unos se 181
tiraron cuesta abajo hacia la ciudad[79] y otros contra los enemigos. Muchos, esperanzados con salvarse, saltaron hacia donde estaban los suyos y se rompieron sus miembros. Sin embargo, el fuego se dio más prisa que los intentos de la mayoría de ellos y algunos se suicidaron con sus armas an-
tes de que les alcanzaran las llamas. Enseguida el fuego se 182
extendió por la mayor parte de la zona y rodeó también a

[78] Panemo, el día 15 de agosto del año 70.

[79] En esta parte de la ciudad se encontraba el barranco del Tiropeon; cf. V 140.

aquellos que se hallaban expuestos a otro tipo de muerte. César, aunque estaba irritado con los que morían, pues habían subido al pórtico sin que él se lo ordenara, sin embargo
183 se apiadó de estos hombres. Como nadie les podía ayudar, al menos los que perecían se consolaban con ver el sufrimiento de aquel por quien entregaban su alma. Pues se le veía claramente gritar, saltar de un lado para otro y pedir a los que estaban con él que ayudaran en todo lo que pudieran
184 a aquellos soldados. Todos morían con buen ánimo y se llevaban con ellos las palabras y la actitud de Tito, como si
185 éstas fueran un glorioso entierro. Algunos huyeron hacia el muro del pórtico, que era ancho, y así se libraron del fuego. Fueron entonces rodeados por los judíos, resistieron durante bastante tiempo, a pesar de las muchas heridas que recibieron, y al final todos cayeron.

El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte

186 El último de ellos fue un joven, de nombre Longo, que dio gloria a todo este desastre y demostró ser el mejor de todos y cada uno de los que murieron dignos de
187 ser recordados. Los judíos, admirados de su valentía, como no podían matarle de otra forma, le invitaron a bajar con ellos con la promesa de llegar a un acuerdo. Su hermano Cornelio, por la otra parte, le aconsejaba que no deshonrara a su propia gloria y al ejército romano. Se dejó convencer por él y ante la mirada de los dos
188 bandos blandió y se clavó su propia espada. Uno de los que habían quedado rodeados por el fuego, un tal Artorio, se salvó con una astucia. Llamó en voz alta a Lucio, uno de los soldados que compartía con él la tienda, y le dijo: «Te dejo a ti como heredero de mis bienes, si me coges, cuando me
189 tire». El camarada corrió con presteza a hacerlo y Artorio, al caer encima de él, se salvó, mientras que Lucio murió ins-

tantáneamente al recibir el golpe y ser aplastado por el peso contra el pétreo pavimento[80]. De momento esta calamidad 190
produjo desaliento entre los romanos, aunque les fue útil para luego no volver a hacer nada sin que se lo ordenaran y estar más precavidos ante los engaños judíos, dado que con estas tretas en muchas ocasiones se veían perjudicados por la ignorancia de los lugares y de las costumbres de esta gente. Ardió el pórtico[81] hasta la torre, que Juan había le- 191
vantado[82] en su lucha contra Simón por encima de las puertas que llevaban al Xisto[83]. El resto lo demolieron los judíos después de la matanza de los que a él subieron. Al 192
día siguiente los romanos incendiaron también todo el pórtico norte hasta el pórtico del este, que se unían ambos en ángulo sobre el llamado barranco Cedrón, cuya profundidad en este lugar era terrible. Esto es lo que ocurría entonces en torno al Templo.

El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia

Cayó un gran número de los que en la 193
ciudad estaban siendo víctimas del hambre; las desgracias que pasaron son indescriptibles. En efecto, en cada casa, si aparecía 194
aunque fuera una sombra de comida, surgía una lucha y los que tanto se querían llegaban a las manos y se quitaban unos a otros las míseras provisiones que tenían para vivir. Ni siquiera se fiaban de que los muertos 195
no tuvieran ningún alimento, sino que los bandidos registraban incluso a los que estaban falleciendo, por si alguno fingía que se moría, mientras se guardaba algo de comida entre los pliegues de su ropa. Estos individuos, con la boca abierta 196

---

[80] El pavimento de piedra del atrio exterior del Templo, cf. V 85.
[81] El pórtico oeste.
[82] Una de las cuatro torres que levantó Juan de Giscala; cf. IV 581.
[83] Cf. nota a IV 581.

por el hambre, igual que perros rabiosos, iban dando tumbos de un sitio para otro. Cuando pasaban por delante, se daban contra las puertas, como borrachos, y, al no poder hacer otra cosa, entraban dos o tres veces en las mismas casas en una
197 hora[84]. La necesidad les hacía llevar de todo a sus dientes; recogían y se conformaban con comer lo que ni siquiera se daba a los más inmundos y mostrencos animales. Al final no se abstuvieron ni de cinturones ni de sandalias, sino que
198 arrancaron la piel de sus escudos y la masticaron. Algunos también llegaron a comer pequeñas porciones de heno viejo y ciertos individuos vendían una mínima cantidad de estas
199 migajas por cuatro dracmas áticos[85]. ¿Qué necesidad hay de hablar de la desvergüenza del hambre que lleva a comer productos no comestibles? Pues voy a exponer un hecho como nunca se ha visto entre los griegos ni entre los bárba-
200 ros[86], algo que es terrible de contar e increíble de oír[87]. Yo, por mi parte, para no parecer ante la posteridad que me invento historias, con gusto omitiría contar esta desgracia, si no tuviera innumerables testigos entre la gente de mi propia época[88]. Además, haría un flaco favor a mi patria, si renunciara a relatar las desgracias que padeció.

---

[84] En esta descripción de los efectos del hambre Josefo parece tomar el modelo del *Salmo* 59, 14-15.

[85] Sobre el valor del dracma ático, véase nota a V 550.

[86] Esta dicotomía entre griegos y bárbaros puesta en boca de un judío que era ciudadano romano, ha sido comentada ya en nota a V 17.

[87] Josefo podría haber recordado la historia narrada en *II Reyes* 6, 25-28, cuando durante la toma de Samaria por parte del rey de Aram, Ben Hadad, en el 845 a. C., una madre devoró a su propio hijo. *Lamentaciones* 4, 10 se hace eco de algunas mujeres que llegaron a devorar a sus hijos, cuando Nabucodonosor sitió la ciduad en el 587 a. C.

[88] Josefo ha podido ser testigo directo de estos acontecimientos concretos (cf. nota a VI 55), si bien gran parte de ellos pueden proceder de relatos de tránsfugas romanos o de testimonios orales judíos. Sobre el

Una mujer de las que habitaban al otro lado del Jordán, 201
llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Betezuba, nombre que significa «Casa del Hisopo»[89], ilustre por nacimiento y por sus riquezas, se refugió en Jerusalén con el resto de la población y allí sufrió el asedio. Los tiranos quitaron a 202
esta mujer los bienes que ella había traído desde la Perea y había introducido en la ciudad, y los esbirros de aquéllos, en sus incursiones diarias, le arrebataron el resto de los objetos preciados que le quedaban y algo de alimento que se había procurado. Una tremenda indignación se apoderó de la po- 203
bre mujer, y con insultos y maldiciones provocaba muchas veces contra sí misma a los ladrones. Pero como ninguno de 204
ellos ni por cólera ni por piedad la mataba, y ella estaba cansada de buscar algo de comer para los demás y era imposible hallarlo ya en ningún sitio, y como el hambre se iba adueñando de sus vísceras y de su médula y su furor ardía más que el hambre, entonces tomó por consejera a la ira, además de a la necesidad, y cometió un acto contrario a la naturaleza. Cogió a su hijo, que aún era un niño de pecho, y 205
dijo: «Desgraciada criatura, ¿para qué te mantengo vivo en medio de la guerra, del hambre y de la sedición? Si vivimos 206
para entonces, los romanos nos esclavizarán, pero el hambre llega antes que la esclavitud y los rebeldes son peor que lo uno y lo otro. Vamos, sé tú mi alimento, un espíritu venga- 207
dor[90] para los sediciosos y una leyenda para la humanidad,

---

problema de las fuentes de esta historia puede consultarse el apartado 4 de la Introducción.

[89] Este lugar aún no ha sido identificado.

[90] Literalmente Erinia, personificación divina de la venganza. Esta mención da al relato de la antropofagia que tuvo lugar en el asedio de Jerusalén un tono trágico, que con seguridad ha tomado como modelo a algunos autores griegos; cf. la narración de las calamidades de la familia de Herodes (I 431 ss.) y el apartado 6 de la Introducción.

208 la única que faltaba entre las desgracias judías»[91]. Mientras decía esto mató a su hijo, luego lo asó, se comió la mitad y
209 el resto lo guardó escondido. Enseguida los rebeldes se presentaron ante ella y, al percibir el abominable olor de la carne, la amenazaron con degollarla inmediatamente, si no les daba la comida que había preparado. Entonces ella dijo que les había guardado una parte y descubrió lo que quedaba de
210 su hijo. Al punto se llenaron de espanto y estupor, y al verlo se quedaron atónitos. La mujer añadió: «Éste es mi hijo y
211 ésta es mi obra, comedlo, pues yo también lo he comido. No seáis más blandos que una mujer ni más clementes que una madre. Si tenéis escrúpulos religiosos y no queréis mi víctima, dejad que yo, que ya he comido vuestra parte, acabe
212 también con el resto». A continuación los sediciosos se marcharon temblando (ésta fue la única ocasión en que fueron cobardes) y dejaron, no sin pesar, este alimento a la madre. Rápidamente por la ciudad entera se extendió la noticia del crimen. Todos se estremecían al poner delante de sus ojos esta atrocidad, como si ellos mismos se hubieran atre-
213 vido a cometerla. Los hambrientos se apresuraban a morir y consideraban felices a aquellos que habían perecido antes de oír o ver desgracias tan grandes.

Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades

214 En poco tiempo los romanos se enteraron también de aquella matanza. Unos no se la creían, otros se compadecían de ella y la mayoría se llenó de un odio ma-
215 yor contra nuestra nación. César se defendió también de estos hechos ante Dios, pues decía que él por su parte había ofrecido a los judíos la paz, una autonomía y una amnistía de todos los delitos que habían cometi-

[91] Cf. nota a VI 190.

do. Sin embargo, ellos habían preferido la sedición a la concordia, la guerra a la paz, el hambre en lugar de la abundancia y la prosperidad, y con sus propias manos habían empezado a prender fuego al Templo, que los romanos les habían respetado[92]. Por ello los judíos merecen este tipo de alimento. En consecuencia, Tito borrará el crimen de devorar niños con la destrucción de la patria donde este hecho ha tenido lugar y no dejará que en el mundo habitado vea el sol una ciudad en la que las madres se alimentan de esta forma. Sin embargo, esta comida convenía más a los padres que a las madres, pues aquéllos se mantienen en la lucha después de tamañas desgracias. Mientras decía estas palabras pensaba también en la desesperación de los judíos, ya que los que habían sufrido todas las desdichas no podrían recobrar ya la razón, cuando era natural que hubieran cambiado de actitud para no padecerlas.

216 (margin) · 217 · 218 · 219

Fracaso del ataque romano al muro del Templo

220 Tras concluir ya las dos legiones los terraplenes[93], el día ocho del mes de Loos[94], Tito ordenó llevar los arietes contra la exedra oeste[95] del Templo exterior. Con 221 anterioridad la más potente de todas las helépolis[96] había golpeado durante seis días sin parar el muro, sin conseguir nada, pues la magnitud y el ajuste de las piedras soportaban la fuerza de ésta y de las otras máquinas

[92] Cf. nota a VI 165.

[93] Cf. VI 150.

[94] Mes del calendario macedónico, que equivale al Ab hebreo. El 8 de Loos corresponde al 27 de agosto del año 70, según el cálculo de la edición de NIESE.

[95] Cf. V 203.

[96] Sobre esta máquina véase nota a V 275.

222 de guerra. Otros legionarios minaban los cimientos[97] de la puerta norte y, después de muchos esfuerzos, hicieron rodar las piedras de fuera, aunque las piedras de dentro resistieron y la puerta permaneció incólume, hasta que, desesperados de hacer tentativas con máquinas y palancas, tendieron sus es-
223 caleras contra los pórticos. Los judíos no se apresuraron a impedírselo, sino que, una vez arriba, cayeron en masa sobre ellos y les presentaron batalla: a unos los empujaron y los tiraron de cabeza, a otros los mataron, mientras venían contra
224 ellos. A muchos, que se bajaban de las escaleras, los hirieron con las espadas antes de que tuvieran tiempo de cubrirse con sus escudos. Asimismo, desde arriba inclinaron y volcaron al-
225 gunas escaleras llenas de soldados. Los judíos tuvieron también muchas pérdidas. Los romanos que habían subido con los estandartes lucharon para defenderlos, pues para ellos era
226 terrible y vergonzoso el que se los quitaran. Finalmente los judíos se apoderaron también de los estandartes y mataron a los que habían subido. Los demás, llenos de miedo por la des-
227 gracia que les había acaecido a los muertos, se retiraron. Entre los romanos no hubo nadie que no muriera sin haber realizado alguna proeza y entre los rebeldes se distinguieron por su valor los que ya lo habían hecho en los combates anteriores, y también Eleazar, sobrino del tirano Simón.

Tito ordena prender fuego a las puertas

228 Tito, al ver que su respeto por un Templo extranjero producía daños y muerte para sus soldados, ordenó prender fue-
229 go a las puertas. Entonces acudieron ante él los desertores Anano[98], el de Emaús, el más criminal de los guardias de Simón, y Arquelao, el hijo de Maga-

---

[97] Esta misma táctica la han empleado las legiones en el asalto a la torre Antonia; cf. VI 27.

[98] El más cruel de los esbirros de Simón, según reza en V 531.

dato[99], con la esperanza de obtener su perdón, puesto que habían hecho defección cuando los judíos aún eran vencedores. Tito acusó a estos hombres de urdir una estratagema 230
y, enterado de todas las demás crueldades que habían cometido contra sus compatriotas, se dispuso a ejecutar a los dos. Dijo que ellos se entregaban forzados por la necesidad, no por elección propia, y que no merecían salvarse los que abandonaban su patria, cuando ésta ya estaba en llamas por su culpa. Sin embargo, la promesa que les había hecho pre- 231
valeció sobre su indignación y dejó libre a estos individuos, aunque no tuvo con ellos las mismas consideraciones que con los demás. Los soldados habían acercado el fuego ya 232
hasta las puertas[100]. La plata[101], al derretirse, rápidamente llevó la llama hasta la madera, desde donde se extendió en masa y alcanzó a los pórticos. Cuando los judíos se vieron 233
rodeados por el fuego, sus ánimos junto con sus cuerpos se vinieron abajo. Se quedaron tan abatidos que ninguno se dispuso a defenderse ni a apagarlo, sino que lo contemplaron pasmados. No obstante, desmoralizados por lo que se 234
destruía no se preocuparon por lo que aún les quedaba, sino que, como si el Templo fuera ya pasto de las llamas, agudizaron su furor contra los romanos. Aquel día y la noche si- 235
guiente el fuego se hizo dueño de la situación, pues los romanos no pudieron incendiar todos los pórticos a la vez, sino por partes.

---

[99] Seguramente sea el mismo personaje citado en V 531 como Bagadato, si bien allí es el padre de Anano y aquí de Arquelao.

[100] Las que separaban el atrio exterior del interior; cf. V 198, 201 ss.

[101] Nueve de las diez puertas estaban recubiertas de plata y oro; cf. V 201-205.

Consejo de guerra romano

236 Al día siguiente[102] Tito ordenó a un destacamento del ejército apagar el fuego y dejar el camino expedito en las puertas para que sus legiones pudieran subir con más facilidad. Él mismo, mientras, con-
237 vocó a sus oficiales. Se reunieron seis de los que ocupaban los puestos más elevados, Tiberio Alejandro[103], prefecto de todos los campamentos[104], Sexto Cereal, comandante de la quinta legión, Larcio Lépido, comandante de la décima, y
238 Tito Frigio, comandante de la decimoquinta legión. Además estaban Frontón Heterio[105], prefecto de las dos legiones de Alejandría[106], y Marco Antonio Juliano[107], procurador de Judea; detrás de ellos vinieron también a la reunión los procuradores y tribunos. Entonces Tito les pidió su opinión so-
239 bre la situación del Templo. Unos opinaban que había que

[102] El 9 de Loos, es decir, el 28 de agosto.

[103] Sobre este importante personaje judío, que obtuvo la ciudadanía romana, véase la nota a V 45.

[104] El *Praefectus castrorum* era un mando especial encargado del campamento cuando el ejército se establecía en un lugar fijo (cf. Vegecio II 10). Sin embargo, este prefecto podía reemplazar al legado de la legión, en caso de ausencia, y, en Egipto, como ocurre aquí con Tiberio Alejandro, detentaba el poder supremo del ejército de la provincia, debido a que en Egipto estaban excluidos los personajes de orden senatorial y las legiones no tenían otro jefe que un prefecto.

[105] Otros manuscritos dan la lectura Haterio y Heternio; cf. la edición de Niese.

[106] No se trata propiamente de dos legiones, sino de los dos destacamentos que Tito sacó de Alejandría cuando se hizo cargo de la guerra judía; cf. V 44.

[107] Probablemente se trata de Antonio Juliano, autor que escribió una obra sobre la guerra de Vespasiano contra los judíos (cf. Minucio Félix, *Octavio* XXXIII 4) y que ha sido considerado como una de las fuentes perdidas de Josefo y de Plinio; cf. W. Weber, *Josephus und Vespasian: Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus*, Berlín, 1921, pág. 89.

hacer uso de la ley de la guerra, ya que los judíos no dejarían de sublevarse mientras se mantuviera el Templo, lugar donde venían a reunirse desde todos los lugares[108]. Otros 240
aconsejaban conservar el santuario, si los judíos lo abandonaban y nadie resistía en él con sus armas, mientras que, si subían allí a combatir, habría entonces que prenderle fuego. Pues, efectivamente, en este caso ya no sería un Templo, sino una fortaleza, y la impiedad no sería de los romanos, sino de los judíos por obligarles a realizar esta acción. Pero Tito 241
dijo que, aunque los judíos subieran al Templo para combatir, él no tomaría venganza de esta gente en objetos inanimados ni prendería fuego a una obra tan maravillosa, dado que ello iría en perjuicio de los romanos y de la misma forma el Templo, si permanecía en pie, sería ornamento de su Imperio[109]. Frontón, Alejandro y Cereal se animaron con 242
estas palabras y apoyaron su decisión. Tito disolvió enton- 243
ces la reunión, ordenó a los oficiales que dejaran descansar al resto de sus tropas, para que en la batalla tuvieran más fuerza, mientras que encomendó a los soldados escogidos de las cohortes abrir un camino a través de los escombros y apagar el fuego.

---

[108] Como hemos comentado en nota a IV 136, Jerusalén, donde se ubica el Templo, es la «ciudad de todos los judíos, los de Palestina y los de la Diáspora», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común.

[109] Josefo quiere dejar a Tito libre de toda responsabilidad en la destrucción del Templo, aunque para ello tenga que manipular el relato de los acontecimientos. El historiador cristiano del siglo IV SULPICIO SEVERO, *Crónica* II 30, 6-7, y OROSIO, *Historias* VII 9, 5-6, atribuyen la destrucción del Templo a una decisión personal de Tito para así librarse a la vez de los judíos y de los cristianos. Una discusión sobre esta cuestión, con bibliografía al respecto, puede leerse en SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 647, y en I. WEILER, «Titus und Zerstörung des Tempels von Jerusalem. Absicht oder Zufoll?», *Klio* 50 (1968), pág. 139 ss.

Los judíos fracasan en su asalto

244 Durante aquel día la fatiga y el abati-
miento pusieron freno a los ímpetus judíos.
En la jornada siguiente[110], tras reunir sus
fuerzas y cobrar nuevos ánimos, en torno a
la segunda hora[111] atacaron por la puerta
245 este a los guardias que estaban en el Templo exterior[112]. Los
romanos resistieron con fuerza el ataque, se cubrieron con
sus escudos por delante, como un muro, y cerraron sus filas,
aunque era evidente que no podrían resistir por mucho
tiempo, ya que los asaltantes les superaban en número y en
246 furor. César quiso evitar la derrota en esta batalla, pues la
observaba desde la Antonia, y acudió en su defensa con ji-
247 netes escogidos. Los judíos no resistieron su embestida, sino
que la mayoría de ellos, ante la caída de las primeras líneas,
248 retrocedieron. Pero, cuando los romanos se daban la vuelta
en retirada, los judíos se volvían y les atacaban, y de nuevo
estos últimos huían cuando aquéllos otra vez les hostigaban.
Hasta que alrededor de la quinta hora del día[113] los hebreos,
vencidos, fueron encerrados en el Templo interior.

El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo

249 Tito se retiró a la Antonia con la deci-
sión de atacar con todo su ejército al día
siguiente, al amanecer, y asaltar el santua-
250 rio por todos los lados. Hace tiempo que
Dios lo había condenado al fuego y había
llegado, en la sucesión de los siglos, el día fijado por el
Destino[114], el diez del mes de Loos, fecha en la que también

---

[110] El día 10 de Loos, el 29 de agosto.

[111] Las ocho de la mañana.

[112] En los terraplenes que allí habían levantado las legiones romanas; cf. VI 150-151.

[113] Las once de la mañana.

[114] Cf. nota a VI 108.

en otro tiempo había sido quemado por obra del rey babilonio[115]. Las llamas tuvieron su origen y su causa en los pro- 251
pios judíos[116]. Cuando Tito se replegó, los rebeldes descansaron un poco y atacaron de nuevo a los romanos. Se produjo un enfrentamiento entre los centinelas del Lugar Santo y los que estaban apagando el fuego del Templo interior, que repelieron a los judíos y los persiguieron hasta el santuario. Entonces uno de los soldados, sin esperar ninguna 252
orden y sin miedo por la envergadura de la hazaña, impulsado por un cierto ímpetu divino, cogió un tizón encendido y, levantado en alto por uno de sus compañeros, lo arrojó por una ventana dorada, que por el lado norte permitía entrar a las estancias que había alrededor del Templo[117].
Cuando el fuego prendió, se alzó entre los judíos un grito 253
acorde al desastre y corrieron en masa a apagarlo, sin preocuparse ya por su vida y sin escatimar fuerzas, dado que se estaba desmoronando el lugar que ellos antes habían custodiado.

---

[115] *Jeremías* 52, 12, sitúa la destrucción del Templo por Nabucodonosor en el 586 a. C., en el día 10 del mes quinto, Ab en el calendario hebro, es decir, Loos en el macedónico seguido por Josefo. *II Reyes* 25, 8 fija la fecha del día 7 del mencionado mes. La tradición rabínica, por su parte, recuerda estas dos destrucciones del Templo, la del 586 a. C. y la del 70 d. C., como acontecimientos ocurridos el día 9 del mes de Ab. DIÓN CASIO, LXVI 7, 2 únicamente señala que la destrucción de Jerusalén tuvo lugar el «dia de Crono», es decir, el sábado.

[116] La causa real y próxima no es obra de los judíos, sino de los romanos, ya que seguidamente se dirá que uno de los legionarios arrojó al interior del Templo un tizón ardiendo. Sin embargo nuestro autor ha querido exculpar a los romanos de toda su responsabilidad en esta catástrofe y a lo largo de su obra son varias las expresiones de este tipo que se esparcen con el mismo objetivo; cf. nota a VI 165 y el apartado 5 de la Introducción.

[117] Son las estancias del atrio interior señaladas en V 220.

254 Un cierto individuo fue corriendo a dar esta noticia a Tito. Éste, que se encontraba en la tienda descansando de la lucha, dio un salto y, según estaba, se apresuró a ir al san-
255 tuario para detener el fuego. Detrás le seguían todos los generales, acompañados por sus legiones en estado de excitación. Se produjo griterío y barullo al ponerse en movimiento,
256 sin ningún orden, un ejército tan grande. César indicaba con su voz y con su mano derecha a los combatientes que apagaran el fuego, pero ellos, con sus oídos aturdidos por un ruido aún mayor, no oyeron sus palabras ni prestaron atención a las señales de su mano, pues unos estaban distraídos
257 por la lucha y otros por su propia cólera. Ni los consejos ni las amenazas frenaron el ímpetu de las legiones que se dirigían hacia allí, sino que el furor era el que capitaneaba a todos. Muchos murieron, pisoteados entre sí, al apelotonarse en las entradas; otros muchos cayeron entre las ruinas de los pórticos, que aún estaban calientes y desprendían humo, y
258 así sufrieron la misma suerte que los vencidos. Cuando los soldados estuvieron cerca del Templo, hacían como si ni siquiera oyeran las órdenes de César y animaban a los que
259 iban delante a arrojar el fuego al interior. Por su parte, los sediciosos ya no podían prestar ninguna ayuda, ya que la muerte y la defección se habían extendido por todos los lugares. Gente débil y sin armas, en su mayor parte del pueblo, fue degollada allí donde se la encontraba. Una gran cantidad de cadáveres se amontonaba en torno al altar, por los banzos del Templo corría mucha sangre y los cuerpos de los muertos caían rodando desde arriba.

260 César, como fue incapaz de contener el empuje de sus soldados, que estaban llenos de entusiasmo, y el fuego se iba extendiendo, se dirigió con sus oficiales al interior, donde contempló el *Sancta Sanctorum* del Templo y los objetos que en él había, que superaban en mucho la fama que sobre

ellos existía entre los extranjeros y no eran inferiores al orgullo y a la opinión que de ellos tenían los propios judíos[118].
Dado que las llamas no habían alcanzado aún al interior, si- 261
no que asolaban las estancias[119] que rodeaban el santuario, Tito pensó, lo que realmente era verdad, que aún podía sal-
varse esta obra y salió fuera. Él mismo intentó convencer a 262
los soldados para que apagaran el fuego y ordenó a Liberalio, centurión de sus lanceros, obligar a golpes a los que des-
obedecieran. Sin embargo, su furor, su odio contra los ju- 263
díos y un fierísimo ímpetu guerrero estuvieron por encima del respeto a César y del miedo a la persona que les castiga-
ba. A muchos de los legionarios les movía la esperanza de 264
obtener un botín, pues, al ver que los exteriores estaban hechos de oro[120], tenían la idea de que el interior estaría lleno
de riquezas. Uno de los que había accedido al interior, cuan- 265
do César salió fuera para contener a los soldados, se apresuró a echar en la oscuridad[121] una tea ardiendo a los goznes
de la puerta. Entonces la llama brilló inmediatamente en el 266
interior. Los generales se retiraron junto con Tito y nadié impidió a los soldados de fuera continuar con el fuego. De esta forma, contra la voluntad de César, el Templo fue incendiado.

Se podría lamentar uno intensamente de la destrucción de 267
la obra más admirable de todas las que se han visto y oído, por su estructura, por su grandeza, por la magnificencia de cada una de sus partes y por la fama de sus Lugares Santos, sin

---

[118] Tito es el único extranjero, después de Pompeyo (cf. I 152), que se ha atrevido a penetrar en lo más sagrado del Templo.

[119] Cf. VI 252.

[120] Realmente no es que el exterior estuviera hecho de oro, sino que, como se detalló en V 208 ss., la fachada estaba revestida de este material.

[121] El sentido de estas palabras es poco claro, máxime si se tienen en cuenta los problemas textuales de las mismas.

embargo se podría consolar aún más con la idea de que el Destino es inevitable tanto por los edificios y los lugares,
268 como por los seres vivos. Hay que admirarse en esta circunstancia de la exactitud de coincidencia temporal. Como he dicho[122], la destrucción se ha cumplido el mismo mes y día en que antes había sido incendiado el Templo por los
269 babilonios. Desde su primera construcción, que llevó a cabo el rey Salomón, hasta la ruina de hoy, en el segundo año del principado de Vespasiano, han pasado mil ciento treinta
270 años, siete meses y quince días. Y desde su reconstrucción posterior, hecha por Ageo[123] en el segundo año del reinado de Ciro, hasta la conquista de Vespasiano tenemos seiscientos treinta y nueve años y cuarenta y cinco días[124].

Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores

271 Mientras ardía el Templo, tuvo lugar por parte de los romanos el saqueo de todo lo que se encontraban y una incontable matanza de todo aquel con quien se topaban, pues no hubo compasión por la edad ni respeto por la dignidad, sino que fueron degollados, sin

[122] Cf. VI 250.

[123] Este profeta, junto con Zacarías, es uno de los que impulsó la reconstrucción del Templo de Jerusalén después del destierro de Babilonia; cf. *Esdras* 5, 1.

[124] El sistema cronológico seguido en este punto no coincide con el de otras tradiciones, como la recogida por el propio Josefo en VI 440-441 y *Antigüedades* X 147. En estos últimos pasajes se establecen mil ciento setenta y nueve años desde el Templo de Salomón hasta la catástrofe actual, algo diferente de los mil ciento treinta referidos ahora. Desde el «segundo año del reinado de Ciro», el 537 a. C., hasta la destrucción del 70 d. C. han pasado seiscientos siete años, no los seiscientos treinta y nueve fijados aquí. En cualquier caso, nuestro autor sigue varios sistemas de calendario, incluso mezclados, como ocurre en este psaje en el que se dan fechas de cronología judía ajustadas al cómputo romano.

distinción, niños, ancianos, laicos y sacerdotes. La guerra arrastraba a todo tipo de gente, tanto a los que suplicaban como a los que luchaban. Las llamas, que se extendían con 272 intensidad, producían un fragor que se unía con los gemidos de los que caían. Debido a la altura de la colina y a la magnitud de la construcción que ardía, uno podría pensar que era toda la ciudad la que era pasto del fuego. Nadie podría imaginar nada más grande ni más terrible que el clamor de entonces. Se trataba del grito de guerra de las legiones roma- 273 nas en su avance, de los lamentos de los rebeldes rodeados por el fuego y por las armas, de la huida del pueblo, que acorralado arriba se lanzaba lleno de espanto contra los enemigos[125], y de los alaridos ante sus propias desdichas. A 274 los gritos de los que se hallaban en la colina se les unía el de la población de una y otra parte de la ciudad. Muchos debilitados y enmudecidos por el hambre, cuando vieron el fuego del Templo, tuvieron de nuevo fuerza para gemir y lamentarse. La Perea y las montañas de los alrededores producían un eco que hacía aún más intenso el griterío[126]. Sin embar- 275 go, los sufrimientos eran más espantosos que el barullo. Se podría haber pensado que la colina del Templo hervía desde sus raíces, pues el fuego la cubría por todas partes, y que la sangre era aún más abundante que las llamas y los muertos más que sus ejecutores. Pues en ningún sitio se veía tierra 276 sin cadáveres, sino que los soldados pasaban por encima de montones de muertos en su persecución de los fugitivos. La 277 multitud de los bandidos rechazó a los romanos y a duras penas pudo abrirse paso hasta el Templo exterior y de allí a

[125] El pueblo, que, a juicio de Josefo, no tiene nada que ver con los rebeldes, es el que más está sufriendo los consecuencias del conflicto bélico; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[126] Los términos de esta frase son exagerados, pues Perea, situada en la Transjordania, no podía producir eco en Jerusalén.

la ciudad, mientras que el resto del pueblo huyó al pórtico
278 exterior. Al principio algunos de los sacerdotes arrancaron y tiraron contra las romanos los picas del Templo[127] y sus ba-
279 ses, que estaban hechas de plomo. Luego, como no consiguieron nada y el fuego venía sobre ellos, se retiraron al
280 muro, de ocho codos de ancho, y permanecieron allí. Dos de los individuos más eminentes entre ellos, que tenían la posibilidad de salvarse, si se entregaban a los romanos, o de esperar la misma suerte que los demás, se arrojaron a las llamas y murieron quemados junto con el Templo, Meiro, hijo de Belgas, y José, hijo de Daleo.

281 Los romanos, al ver que era inútil salvar los edificios del entorno del Templo, cuando éste estaba ardiendo, los quemaron todos, así como las ruinas de los pórticos y las puertas, salvo dos, la del este y la del sur, que luego también
282 destruyeron. Prendieron fuego asimismo a las cámaras del tesoro, en las que había una inmensa cantidad de riquezas, numerosas vestimentas y otros objetos preciosos, por decirlo en una palabra, todos los bienes de los judíos estaban guardados allí, ya que a este lugar habían llevado los ricos
283 las fortunas de sus casas[128]. Los soldados llegaron al pórtico que quedaba del Templo exterior. En el se habían refugiado mujeres, niños y una masa de seis mil personas de todo tipo
284 de gente del pueblo. Antes de que César tomase alguna decisión sobre ellos o diese alguna orden a sus oficiales al respecto, los soldados, arrastrados por su furor, hicieron arder el pórtico por debajo. De esta forma sucedió que perecieron tanto los judíos que se arrojaron para librarse de las llamas, como los que ardieron en ellas. No se salvó ninguno de

[127] Las picas que había sobre el tejado para impedir que se posaran los pájaros; cf. V 224.

[128] Sobre la ubicación de estas estancias y su contenido véase nota a V 200.

ellos. El culpable de su destrucción fue un falso profeta que 285
aquel día había proclamado públicamente a la gente de la ciudad que Dios les mandaba subir al Templo para recibir allí las señales de su salvación. En aquel momento muchos 286
profetas habían sido sobornados por parte de los tiranos para que instaran al pueblo a esperar la ayuda de Dios, pues así serían menos las deserciones y aumentarían las esperanzas de individuos que habían superado ya el miedo y las precauciones[129]. Porque, en efecto, un hombre enseguida se 287
deja convencer en las adversidades. Cuando un falso profeta le promete el final de sus desdichas, entonces el que las sufre se entrega todo él a la esperanza[130].

Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén

En aquel entonces engañaron al pue- 288
blo personajes embusteros y que falsamente decían hablar en nombre de Dios. No prestaron atención ni creyeron en las señales evidentes que anunciaban la futura destrucción[131], sino que no entendían las advertencias de Dios, como si hubiera caído un rayo sobre ellos y carecieran de ojos y de espíritu. Fue entonces cuando sobre la ciudad 289
apareció un astro, muy parecido a una espada, y un cometa que permaneció allí durante un año. Esto también había te- 290

[129] La esperanza en la venganza que tomará Dios contra las potencias hostiles al pueblo judío es un tópico de las profecías mesiánicas, tanto del *Antiguo Testamento* como de los apócrifos: así por ejemplo, en los *Oráculos Sibilinos* III 622; *Salmos de Salomón* XVII 27; *IV Esdras* 12, 32-33 y 13, 27-28; *I Henoc* 46, 4-6 y 52, 4-9.

[130] Acerca del destacado papel de pseudo-profeta en la obra de Josefo y en toda la literatura greco-judía del período intertestamentario, en el contexto histórico del auge de la esperanza mesiánica, es interesante el trabajo de J. Reiling, «The use of pseudoprophetes in the LXX, Philo and Josephus», *New Testament* 13 (1971), 147-156.

[131] Tácito, *Historias* V 13, enumera estos prodigios divinos.

nido lugar antes de la revuelta y de que se iniciaran las actividades bélicas, cuando, reunido el pueblo para la fiesta de los Ácimos, el día ocho del mes de Jántico[132], en la hora nona de la noche[133] brilló durante media hora una luz en el altar y en el Templo con tanta intensidad que parecía un día
291 claro. Para los no entendidos esto era una buena señal, mientras que los escribas sagrados[134] lo interpretaron de acuerdo con los acontecimientos inmediatamente posterio-
292 res. Por otra parte, en la misma fiesta, una vaca, que era lle-
293 vada al sacrificio, parió un cordero en medio del Templo. A la sexta hora de la noche[135] se abrió ella sola la puerta oriental del Templo exterior[136], que era de bronce y tan pesada que por la tarde a duras penas podían cerrarla veinte hombres[137] y que además estaba reforzada con cerrojos de hierro y con estacas clavadas profundamente en el suelo del

---

[132] La fiesta de los Ácimos o de la Pascua se celebraba entre el 14 y el 21 del mes de Jántico, en el calendario macedónico, o Nisán, en el hebreo (cf. V 98, 567 y *Antigüedades* III 248). Por tanto, esta fecha dada aquí por Josefo para esta festividad, el 8 del mes de Jántico, no parece corresponderse con el sistema de cronología seguido a lo largo de la obra. El acontecimiento no ha sido narrado en la historia precedente, si bien podría situarse en el 66 d. C., en los momentos previos a la revuelta. Sobre los problemas de utilización del calendario macedonio, del hebreo o del romano, indistintamente o de forma simultánea, para la ubicación de los acontecimientos narrados en esta obra, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 755-759.

[133] Sobre las tres de la mañana.

[134] Los escribas son personas versadas en el estudio de la Ley y en la interpretación de los textos sagrados, cuya influencia era inmensa en la vida judía como consejeros políticos, jueces o maestros.

[135] La doce de la noche.

[136] La puerta de Corinto, descrita en V 201-204.

[137] Entre los múltiples funcionarios del Templo había unos doscientos encargados de abrir y cerrar las puertas (cf. *Contra Apión* I 119), cuyo trabajo era revisado por un oficial. Las puertas se abrían a la salida del sol, ya que era a esa hora cuando se ofrecía el holocausto matutino, y se cerraban al anochecer.

umbral, que estaba hecho totalmente de un solo bloque de piedra. Los guardianes del Templo fueron corriendo a co- 294 municárselo a su comandante[138], que subió y apenas tuvo fuerzas para cerrarla. De nuevo a los ignorantes esta señal 295 les pareció muy favorable, pues para ellos era Dios el que les había abierto la puerta de los bienes. Sin embargo, los entendidos pensaron que la seguridad del Templo se había venido abajo por sí misma y que la puerta se abría como un regalo para los enemigos, y así entre ellos interpretaron la señal como un indicio evidente de destrucción. Después 296 de la fiesta, no muchos días más tarde, el veintiuno del mes de Artemisio[139], se vio una aparición sobrenatural mayor de lo que se podría creer. Creo que lo que voy a na- 297 rrar parecería una fábula, si no lo contaran los que lo han visto con sus ojos y no estuvieran en consonancia con estas señales las desgracias que acaecieron después. Antes 298 de la puesta de sol se vieron por los aires de todo el país carros y escuadrones de soldados armados que corrían por las nubes y rodeaban las ciudades. Además, en la fiesta 299 llamada de Pentecostés[140] los sacerdotes entraron por la noche en el Templo interior, como tienen por costumbre para celebrar el culto, y dijeron haber sentido en primer

[138] El comandante o capitán del Templo, el encargado de mantener el orden en el recinto sagrado y de asistir al sumo sacerdote; cf. II 409 y *Hechos de los Apóstoles* 4, 1 y 5, 26.

[139] Mes del calendario macedónico, que se conrresponde con el hebreo Iyyar y con mayo, según el cómputo juliano.

[140] Pentecostés es el nombre griego de la fiesta de las Semanas, que se festejaba el día 6 del mes de Siván, entre nuestros meses de mayo y junio, siete semanas después de Pascua. Es una celebración de origen agrario, que prescribe la peregrinación a Jerusalén para ofrecer las primicias en el Templo; cf. *Éxodo* 23, 16 y *Levítico* 23, 17.

lugar una sacudida y un ruido, y luego la voz de una muchedumbre que decía: «Marchémonos de aquí»[141].

El falso profeta Jesús, hijo de Ananías

300 Pero más terrible aún que esto fue lo siguiente: un tal Jesús, hijo de Ananías, un campesino de clase humilde, cuatro años antes de la guerra[142], cuando la ciudad se hallaba en una paz y prosperidad importante, vino a la fiesta, en la que todos acostumbran a levantar tiendas en honor de Dios[143], y de pronto se puso a
301 gritar en el Templo: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz que va contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo»[144]. Iba por todas las ca-
302 lles vociferando estas palabras de día y de noche. Algunos ciudadanos notables se irritaron ante estos malos augurios, apresaron a Jesús y le dieron en castigo muchos golpes. Pero él, sin decir nada en su propio favor y sin hacer ninguna petición en privado a los que le atormentaban, seguía dando
303 los mismos gritos que antes. Las autoridades judías, al pen-

[141] La idea de de que Dios abandona su Lugar Sagrado ha sido mencionada ya en los discursos del propio Josefo (cf. V 412) y en el de Tito a los judíos (cf. VI 127). Por otra parte, es tradicional este abandono del pueblo por parte de sus dioses en los momentos previos a una catástrofe, como lo testimonian los textos de PLUTARCO, *Alejandro* 24, VIRGILIO, *Eneida* II 351, TITO LIVIO, V 15, etc.

[142] En el otoño del año 66.

[143] Es el *Jag Hassukôt*, la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba del 15 al 22 del mes de Tišrí, en septiembre u octubre. Es un festejo de origen agrícola, después de haber recogido el fruto a comienzos de otoño (cf. *Deuteronomio* 16, 12), en el que se acudía en peregrinación al Templo durante siete días para dar gracias por la cosecha (*Levítico* 23, 40-43).

[144] Esta exclamación se hace eco de la amenaza proferida por el profeta en *Jeremías* 7, 34.

sar que la actuación de este hombre tenía un origen sobrenatural, lo que realmente así era, lo condujeron ante el gobernador romano. Allí, despellejado a latizagos hasta los 304
huesos, no hizo ninguna súplica ni lloró, sino que a cada golpe respondía con la voz más luctuosa que podía: «¡Ay de ti Jerusalén!». Cuando Albino, que era el gobernador[145], le 305
preguntó quién era, de dónde venía y por qué gritaba aquellas palabras, el individuo no dio ningún tipo de respuesta, sino que no dejó de emitir su lamento sobre la ciudad, hasta que Albino juzgó que estaba loco y lo dejó libre. Antes de 306
llegar el momento de la guerra Jesús no se acercó a ninguno de los ciudadanos ni se le vio hablar con nadie, sino que cada día, como si practicara una oración, emitía su queja: «¡Ay de ti Jerusalén!». No maldecía a los que le golpeaban 307
diariamente ni bendecía a los que le daban de comer: a todos les daba en respuesta el funesto presagio. Gritaba en es- 308
pecial durante las fiestas. Después de repetir esto durante siete años y cinco meses, no perdió su voz ni se cansó. Finalmente, cuando la ciudad fue sitiada, vio el cumplimiento de su augurio y cesó en sus lamentos. Pues, cuando se ha- 309
llaba haciendo un recorrido por la muralla, gritó con una voz penetrante: «¡Ay de ti, de nuevo, ciudad, pueblo y Templo!». Y para acabar añadió: «¡Ay también de mí!», en el momento en que una piedra, lanzada por una balista[146], le golpeó y al punto lo mató. Así entregó su alma, mientras aún emitía aquellos presagios.

Si uno reflexiona sobre estos hechos, se dará cuenta de 310
que Dios se preocupa de los hombres y de que él anuncia a su raza de todas las formas posibles los medios de salva-

[145] Procurador romano de Judea entre los años 62 y 64, entre Festo y Gesio Floro; cf. II 272.

[146] Cf. nota a IV 19.

ción, y que, sin embargo, ellos perecen por su demencia y
311 por la elección personal de sus propias desgracias. Después de la destrucción de la torre Antonia, los judíos hicieron cuadrado el Templo[147], aunque en sus Escrituras constaba que la ciudad y el Templo serían conquistados cuando el
312 Templo tuviera forma cuadrada[148]. Pero lo que más les impulsó a hacer la guerra fue un oráculo ambiguo, contenido también en sus libros sagrados, según el cual en aquella
313 época un personaje de su país regiría el mundo[149]. Ellos creían que se trataba de alguien de su raza y muchos sabios se equivocaron en su interpretación, ya que el oráculo se refería al principado de Vespasiano, que había sido proclama-
314 do emperador en Judea[150]. Por otra parte, a los hombres no
315 les es posible evitar al Destino, ni aunque lo prevean. Algunos de los signos los interpretaron a su gusto y a otros no les hicieron caso, hasta que con la conquista de su patria y con su propia destrucción se dieron cuenta de su insensatez.

---

[147] La torre Antonia, erigida en el extremo noroeste del Templo, rompía uno de los ángulos del perímetro cuadrangular del recinto sagrado. El término griego utilizado aquí, *tetrágōnos,* simplemente significa «que tiene cuatro ángulos», un espacio que no tiene por qué ser exactamente cuadrado.

[148] No ha llegado hasta nosotros ninguna referencia profética de este tipo.

[149] Son las conocidas profecías bíblicas sobre la llegada del Mesías, que en este caso Flavio Josefo orienta y manipula en un sentido filorromano. Tácito, *Historias* V 13, y Suetonio, *Vespasiano* IV, confirman la existencia de estas predicciones, que hay que situar en el contexto del mesianismo judío, que por medio de ambiguas profecías preconizaba el advenimiento de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Con las profecías sobre la elección de Vespasiano nuestro historiador intenta poner fin al mesianismo apocalíptico mediante un personaje y un imperio reales, en lugar de esperar la llegada de una edad de oro que estaba llevando irremediablemente a la autodestrucción del pueblo judío.

[150] Cf. III 399-408.

Tito es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes

Tras haber huido los sediciosos a la 316 ciudad y estar ardiendo el propio santuario y todos los edificios de alrededor, los romanos llevaron sus estandartes al Templo, los colocaron frente a la puerta oriental y allí mismo hicieron sacrificios en su honor[151] y proclamaron emperador a Tito con grandes vítores[152]. Todos 317 los soldados se apoderaron de tanto botín que en Siria el oro, al peso, se vendía a la mitad de su precio anterior[153]. En- 318 tre los sacerdotes que se mantenían en su puesto en lo alto de la muralla[154] un joven sediento confesó la sed que tenía y pidió a los guardias romanos que le dieran garantías de seguridad. Ellos se apiadaron de su edad y de su estado de ne- 319 cesidad, le dieron su palabra y él bajó a beber. Llenó de agua un recipiente que había traído consigo y se marchó a refugiarse arriba con los suyos. Ninguno de los centinelas 320 pudo cogerle, sino que maldijeron su falta de palabra. Pero aquel joven dijo que no había transgredido ningún acuerdo, puesto que él no había pactado quedarse con ellos, sino solamente bajar y coger agua. Como él había cumplido ambas

---

[151] Los estandartes de las legiones eran objeto de culto y reverencia por parte de los soldados y constituían, a juicio de TÁCITO, *Anales* II 17, las divinidades propias de las legiones. Según el comentario de la traducción de WILLIAMSON es ésta la única referencia literaria existente sobre este tipo de sacrificio.

[152] Tito es aclamado como *imperator*, que era el título concedido a un general vencedor. No obstante, existía el rumor de que Tito quería proclamarse emperador único e independiente del Oriente, al margen de Vespasiano, como anotan SUETONIO, *Tito* V, y DIÓN CASIO, LXVI 7, 2; cf. WEYNAND, «Flavius. Imperator T. Flavius Vespasianus Augustus», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* VI 2, cols. 2707-2708.

[153] Este tipo de desvalorización del oro se ha señalado en V 550.

[154] En VI 279 se relató la subida de estos sacerdotes a la muralla.

321 condiciones, creía haber sido fiel a la palabra dada. Los romanos, que habían sido objeto del engaño, se admiraron de su astucia, sobre todo por la edad del joven. Al quinto día los sacerdotes, hambrientos, bajaron y, conducidos por
322 los guardias ante Tito, le pidieron conservar la vida. Sin embargo, el emperador les respondió que ya había pasado el momento del perdón para ellos, que habían desaparecido todas aquellas razones por las que él les podría haber salvado y que convenía que los sacerdotes fueran aniquilados junto con el Templo. Por ello ordenó castigar a aquellos hombres.

323 Los secuaces de los tiranos, como la guerra les dominaba por todas partes y, rodeados por el muro [155], no tenían ninguna posibilidad de huir, pidieron parlamentar
324 con Tito. Éste se colocó en la zona occidental del Templo exterior, porque prefería salvar la ciudad a causa de su natural espíritu humanitario [156] y porque sus amigos así se lo aconsejaban, ya que creían que los bandidos ha-
325 bían suavizado su actitud. Allí sobre el Xisto estaban las puertas y un puente [157] que unía la Ciudad Alta con el Templo. Este puente estaba en medio de los tiranos y de
326 César. A uno y otro lado la multitud se agolpaba en masa: los judíos de Simón y Juan se hallaban encendidos por la esperanza del perdón, mientras que los romanos estaban expectantes ante la respuesta de César a sus peticiones.

---

[155] El muro de circunvalación que había mandado levantar Tito; cf. V 502 ss.

[156] El tema de la compasión de Tito es uno de los más repetidos en la propaganda flaviana de esta obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[157] Sobre el barranco del Tiropeón; cf. I 143 y II 344.

Discurso de Tito a los vencidos

Tito ordenó a sus soldados que contuvieran su indignación y que no dispararan, trajo junto a sí un intérprete y, como muestra de que él era el vencedor, tomó 327
la palabra en primer lugar[158]: «Judíos, ya os habréis saciado de los males de vuestra patria, vosotros que no habéis tenido en cuenta nuestra fuerza ni vuestra debilidad, sino que con un ímpetu irreflexivo y demente habéis perdido vuestro pueblo, vuestra ciudad y vuestro Templo, y en justicia os vais a perder a vosotros mismos. En primer 328
lugar, desde que Pompeyo os conquistó por la fuerza no habéis dejado de rebelaros y luego declarasteis abiertamente la guerra contra los romanos. ¿Tal vez confiabais en la superioridad numérica de vuestros hombres? Sin embargo, una 329
mínima parte del ejército romano ha sido suficiente para acabar con vosotros. ¿Quizá teníais fe en los aliados?[159]. 330
¿Qué nación ajena a nuestro Imperio preferiría a los judíos antes que a los romanos? ¿Se trataba, entonces, de vuestra 331
fuerza corporal? Sabéis que los germanos son esclavos nuestros. ¿Tal vez la solidez de vuestras murallas? Pero, ¿qué obstáculo mayor puede haber que la muralla del océano? Los britanos, que estaban rodeados por él, se postran ante las armas romanas. ¿Es posible que sea la fortaleza de vuestro 332
espíritu y la astucia de vuestros generales? Sin embargo, sabéis que también fueron sometidos los cartagineses. Fue entonces el carácter humanitario de los romanos lo que os incitó a ir contra los romanos, que desde el primer momento os de- 333

[158] En este discurso de Tito se repiten algunos de los temas e ideas contenidos en las palabras del rey Agripa a los judíos para evitar la guerra, al inicio del conflicto, en el año 66; cf. II 345-404.

[159] Los idumeos (cf. IV 224 ss.) y, sobre todo, los adiabenos del otro lado del Éufrates, que también son recordados en este sentido por el discurso del rey Agripa; cf. II 388.

jamos habitar esta tierra y hemos nombrado reyes de vuestra
334 raza[160]. Hemos respetado las leyes de vuestra patria, y os he-
mos permitido vivir como quisierais, no sólo en vuestro propio
335 país, sino también en el de los demás[161]. Y lo más impor-
tante de todo es que os permitimos cobrar tributos y recibir
ofrendas para Dios[162]. A los que os traían tales presentes no
les castigamos ni les pusimos impedimentos, para que así
vosotros fuerais más ricos y os prepararais con nuestro dine-
336 ro para atacarnos. Luego, habéis disfrutado de tales bienes y
habéis dirigido vuestra abundancia contra los que os la han
procurado y, como serpientes salvajes, habéis lanzado el
337 veneno contra los que os trataban con bondad. Y bien, des-
preciasteis la indolencia de Nerón y, como ocurre con las
roturas y los desgarros, permanecisteis quietos con el mal
durante un tiempo y luego salisteis de esta grave enferme-
dad con una actitud aún peor y dirigisteis vuestros inmode-
338 rados deseos hacia desvergonzadas esperanzas[163]. Llegó mi
padre a vuestra región, no para castigaros por lo que habíais
339 hecho contra Cestio[164], sino para daros una advertencia. Si
hubiera venido para destruir a vuestro pueblo, necesaria-
mente tendría que haberse dirigido a vuestras raíces y haber
arrasado inmediatamente esta ciudad, sin embargo devastó

[160] Herodes el Grande, Agripa I y Agripa II.

[161] Referencia a los judíos de Palestina y a los de la Diáspora.

[162] Julio César había permitido la recaudación de un tributo entre los judíos de la Diáspora para contribuir al mantenimiento del Templo de Jerusalén. Todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, con ese fin; cf. *Éxodo* 30, 13; *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Esta contribución había planteado problemas entre los judíos de la Diáspora, que reclamaban este derecho, y las autoridades romanas, según recuerda Cicerón, *En defensa de Flaco* 67-68.

[163] Alude a la compleja situación del Imperio romano tras la muerte de Nerón en el año 69; cf. IV 497 ss.

[164] Cf. II 499 ss.

Galilea y las zonas de alrededor para así daros tiempo para el arrepentimiento[165]. No obstante, su benignidad os pareció 340
debilidad y con nuestra mansedumbre alimentasteis vuestra audacia. Cuando murió Nerón, actuasteis como suele obrar 341
la gente más malvada. Os llenasteis de valor con nuestras luchas internas y, mientras mi padre y yo nos retiramos a Egipto[166], aprovechasteis la ocasión para preparar la guerra. No os avergonzasteis de levantaros contra los que habían sido proclamados emperadores, cuyo carácter humanitario ya conocíais, cuando eran generales. Después de que el Im- 342
perio vino a parar a nuestras manos y de que todos los pueblos que estaban dentro de él alcanzaron la paz y las naciones extranjeras presentaron sus embajadas de felicitación, de nuevo los judíos se pusieron en guerra. Vosotros envias- 343
teis legados a los hebreos del otro lado del Éufrates[167] para que se sublevaran contra nosotros y habéis construido nuevas murallas. Las sediciones, las luchas internas entre los tiranos y la guerra civil es lo único que conviene a gente tan criminal como vosotros. Yo vine contra la ciudad con las 344
órdenes duras, que, muy a pesar suyo, me había dado mi padre. Me alegré, cuando oí que el pueblo deseaba la paz. Antes de empezar la guerra os exhorté a que depusierais las 345
armas, incluso después de luchar durante mucho tiempo os perdoné, ofrecí garantías de seguridad a los desertores y mantuve mi palabra con los que se refugiaron entre nosotros; me compadecí de muchos prisioneros, me opuse a los que querían torturarlos, en contra de mi voluntad llevé las máquinas contra vuestras murallas, refrené a los soldados siempre que se disponían a mataros y en cada victoria os in-

[165] La narración de la campaña de Vespasiano en Galilea ha sido narrada con detalle en el libro III.

[166] Cf. IV 605 ss.

[167] Los adiabenos, convertidos al judaísmo; cf. IV 567.

346 vité a hacer la paz, como si yo fuera el vencido. Cuando estuve cerca del Templo me olvidé de nuevo voluntariamente de las leyes de la guerra y os exhorté a que respetaseis vuestros Lugares Sagrados y que salvarais el Templo para vosotros mismos. Os di garantías para que salierais con seguridad[168], os prometí conservar la vida y, si queríais, os ofrecí la posibilidad de luchar en otro lugar. Pero vosotros habéis despreciado todo esto y habéis incendiado el santuario con vuestras
347 propias manos[169]. ¿Y ahora, miserables, me invitáis a hablar con vosotros? ¿Es para salvar algo similar a lo que ya habéis perdido? ¿Después de la destrucción del Templo, qué tipo de
348 salvación os merecéis? Y ahora aún estáis armados y ni en esta situación extrema actuáis como suplicantes. ¿En qué con-
349 fiáis, desgraciados? ¿No está muerto vuestro pueblo y ha perecido el Templo, no está la ciudad en mi poder y vuestras vidas en mis manos? ¿Tal vez creéis que el resistiros a morir
350 dará renombre a vuestra valentía? Yo no rivalizaré con vuestra locura. A los que arrojen sus armas y se entreguen les concederé seguir viviendo y, como un señor que es bueno en su casa, yo castigaré a las personas que no tienen remedio y a las demás las conservaré conmigo».

Tito decide destruir la ciudad

351 A estas palabras los judíos respondieron que no podían aceptar sus promesas, porque habían jurado no hacerlo nunca. Pidieron salir del recinto amurallado con sus mujeres e hijos para retirarse al desierto y dejarle a él la

---

[168] Cf. V 334, VI 95 y 128.

[169] El santuario propiamente fue incendiado por los romanos: uno de los legionarios arrojó un tizón ardiendo que hizo propagarse el fuego; cf. VI 251-252. Los judíos, por su parte, prendieron una parte del Templo, el pórtico norte y, como Josefo indica en VI 165, este hecho fue considerado el comienzo de la quema.

ciudad. Tito se irritó de que ellos, que estaban en situación de 352
vencidos, le pusieran condiciones, como si fueran los vencedores, y ordenó proclamar por medio de un heraldo que ya no desertaran y que no esperaran llegar a ningún acuerdo con él,
pues no perdonaría a nadie, sino que lucharan con todas sus 353
fuerzas y se salvaran como pudieran. A partir de ahora él actuaría en todo momento de acuerdo con las leyes de la guerra.
A sus soldados les dejó incendiar y saquear la ciudad. Aquel 354
día se refrenaron, pero al siguiente quemaron los archivos[170],
el Acra[171], el Consejo[172] y la zona llamada Ofla[173]. El fuego 355
se extendió hasta el palacio de Helena[174], que estaba edificado en medio del Acra, y también se consumieron las callejuelas y las casas, que estaban llenas de los cadáveres de los que habían muerto por causa del hambre.

La familia del rey Izate se entrega

Este mismo día los hijos y hermanos 356
del rey Izate[175], a los que se habían unido muchos notables del pueblo, pidieron a César llegar a un acuerdo de capitulación. Tito, aunque estaba enfadado con todos
los supervivientes, no se olvidó de su carácter bondadoso, 357
sino que acogió a estos hombres. Entonces los puso a todos bajo custodia y luego encadenó a los hijos y a los familiares del rey y los envió a Roma como rehenes en garantía de la fidelidad de su país.

---

[170] Los archivos, situados en el Acra, habían sido incendiados también durante el comienzo de las hostilidades; cf. II 427.

[171] Cf. V 137.

[172] Sobre la sala de reunión del Sanedrín, situada al este del Xisto, véase nota a V 144.

[173] Cf. V 137.

[174] El palacio de esta reina de Adiabene, convertida al judaísmo, se ha mencionado en V 253.

[175] Es el hijo de la reina Helena de Adiabene; cf. IV 567.

Los rebeldes asaltan el palacio real

358 Los sediciosos atacaron el palacio real[176], en el que muchos habían guardado sus bienes debido a la seguridad de este lugar. Expulsaron de él a los romanos, mataron a toda la gente del pueblo que allí se había reunido, ocho mil cuatrocientas personas, y se adue-
359 ñaron del dinero que había. Cogieron también como prisioneros a dos romanos, un soldado de caballería y otro de infantería: a este último lo degollaron enseguida y lo arrastraron alrededor de la ciudad, como si de esta forma se vengaran en
360 un sólo cuerpo de todos los romanos. En cambio, el jinete, que dijo que les podía hacer una propuesta útil para su salvación, fue conducido ante Simón. Pero como no tenía nada que decir, fue entregado a Ardala, uno de sus generales, para que lo
361 ejecutara. Ardala le ató las manos atrás, le vendó los ojos y le llevó delante de los romanos para cortarle la cabeza. Sin embargo, aquél se adelantó a su verdugo y huyó al bando ro-
362 mano, mientras el judío sacaba su espada. Tito no se atrevió a quitar la vida a un individuo que había huido de los enemigos. No obstante, juzgó que era un soldado indigno de los romanos, porque había sido capturado vivo, le quitó las armas y le expulsó de la legión, lo que precisamente era un castigo más duro que la muerte para una persona de honor.

Incendio de la Ciudad Baja

363 Al día siguiente los romanos echaron a los bandidos de la Ciudad Baja e incendiaron toda la zona hasta Siloé[177]. Se alegraron de que la ciudad ardiera, pero se equivocaron en cuanto al botín, puesto que los rebeldes habían cogido todo y habían huido a la

---

[176] El palacio del rey Herodes el Grande, ubicado en la Ciudad Alta; cf. V 176 ss.

[177] Fuente de Siloé; cf. V 140.

Ciudad Alta. Estos últimos no tenían ningún arrepenti- 364
miento de sus maldades, sino que se gloriaban de ellas como si fueran buenas acciones. Cuando vieron que la ciudad se consumía por el fuego dijeron con caras alegres que aceptaban la muerte llenos de felicidad[178], pues no dejaban nada para los enemigos, ahora que el pueblo ya había perecido, el
Templo ya estaba quemado y la ciudad ardía. Ni en aquellos 365
momentos críticos Josefo se cansaba de suplicarles por lo que aún quedaba de la ciudad, sino que, a pesar de que les expuso numerosas razones en contra de su crueldad y de su impiedad y de que les dio muchos consejos para conservar
su vida, no consiguió más que burlas. Habida cuenta de que 366
los sediciosos no soportaban entregarse, por el juramento que habían hecho, ni podían luchar en igualdad de condiciones contra los romanos, pues estaban acorralados como en una prisión, entonces sus sanguinarias costumbres movían aún sus manos. Se dispersaron delante de la ciudad, entre sus ruinas, y tendieron emboscadas contra los que se
disponían a desertar. Capturaron a muchos, a todos los ma- 367
taron, pues debido al hambre no tenían fuerzas para escapar,
y arrojaron sus cuerpos a los perros. Cualquier clase de 368
muerte parecía mejor que el hambre, de modo que, aunque ya no esperaban obtener el perdón de los romanos, huían también hacia ellos y voluntariamente se entregaban a los
sanguinarios sediciosos. No había en la ciudad ningún sitio 369
sin cadáveres, sino que por todos los lugares había víctimas del hambre o de la sedición[179].

---

[178] Esta actitud ante la muerte se ha visto ya en otras ocasiones en esta obra; cf. nota a V 355.

[179] La edición de Niese añade entre corchetes la frase «Estaba lleno de muertos por la sedición o por el hambre», que repite la idea anterior.

Los judíos se refugian en las galerías subterráneas

370 La última esperanza que animaba a
los tiranos y a la banda de ladrones que
estaba con ellos era la de las galerías sub-
terráneas[180]. Se habían refugiado en ellas
con la esperanza de no ser encontrados y,
después de la toma completa de la ciudad, cuando los roma-
371 nos se hubieran retirado, salir e intentar escaparse. Esto no
era para ellos más que un sueño, pues no iban a pasar desa-
372 percibidos ni a Dios ni a los romanos. Los judíos, confiados
entonces en estas galerías, hicieron más fuego que los ro-
manos y mataron sin compasión y despojaron a los que
huían del fuego a refugiarse en estos subterráneos. Si les en-
contraban algo de comer, se lo quitaban y, llenos de sangre,
373 se lo comían. Ahora luchaban entre sí por las rapiñas, y por
su exagerada crueldad me parece que, si no se les hubiera
adelantado la toma de la ciudad, habrían llegado a comerse
incluso los cadáveres[181].

Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta

374 Como no era posible apoderarse de la
Ciudad Alta sin la ayuda de los terraple-
nes, ya que estaba rodeada de precipicios,
distribuyó a su ejército en las tareas el día
375 veinte del mes de Loos[182]. Era difícil tra-
er madera, dado que, como he dicho[183], los alrededores de
la ciudad, en una extensión de cien estadios, habían sido ta-
376 lados para construir los primeros terraplenes. Los trabajos
de las cuatro legiones se levantaron en la parte oeste de la

[180] La importancia de estas galerías subterráneas en el desarrollo bélico de la toma de Jerusalén ha sido señalada en la nota a IV 9 y V 104.

[181] La misma frase se inserta en IV 541.

[182] El 8 de septiembre del 70.

[183] Cf. VI 151.

ciudad, frente al palacio real[184]. La tropa auxiliar y el resto 377
de los hombres lo hicieron en la zona del Xisto, del puente[185] y de la torre de Simón, que éste había construido para que fuera su fortaleza cuando luchaba contra Juan[186].

Los idumeos intentan rendirse

Por aquellos días los jefes idumeos[187] 378
se reunieron en secreto y deliberaron sobre su rendición. Enviaron cinco hombres ante Tito y le pidieron llegar a un acuerdo de capitulación. Éste, que esperaba que 379
los tiranos[188] también se entregaran, tras la defección de los idumeos, que representaban una parte importante de la guerra, decidió con pesar perdonarles la vida y dejó marchar a los emisarios. Simón se enteró de que los idumeos se dispo- 380
nían a irse e inmediatamente ejecutó a los cinco que habían acudido ante Tito. Detuvo y encerró a los jefes, entre los que destacaba Jacobo, el hijo de Sosa. Mantuvo bajo vigi- 381
lancia a la multitud idumea, que tras la pérdida de sus generales estaba desorientada, y colocó en la muralla vigilantes que estuvieran más atentos. Los centinelas no tenían la sufi- 382
ciente fuerza para hacer frente a los desertores, sino que, aunque eran muchos los que morían en el intento, más numerosos eran los que escapaban. Los romanos acogieron a 383
todos: Tito porque, a causa de su clemencia, no tuvo en cuenta sus órdenes anteriores[189], y los soldados porque estaban cansados de matar y por la esperanza de obtener alguna

[184] El palacio del rey Herodes.

[185] El puente sobre el barranco del Tiropeon; cf. II 344.

[186] Es aquella torre, mencionada en IV 581 y VI 191, que Juan levantó en su lucha contra Simón, no a la inversa como se indica aquí.

[187] Estos cabecillas han sido enumerados en IV 353.

[188] Juan de Giscala y Simón.

[189] Cf. VI 352.

384 ganancia. Se quedaban solamente con los ciudadanos[190] y al resto de la gente la vendían con sus mujeres e hijos, cada uno de ellos a un precio muy bajo, pues eran muchos los
385 que estaban en venta y pocos los compradores. Aunque Tito había anunciado por medio de un heraldo que nadie desertara solo, para que también se trajeran a sus familias, sin embargo aceptó igualmente a estos últimos. No obstante, designó oficiales para que decidieran quiénes de ellos merecían ser
386 castigados. El número de las personas vendidas fue tremendo; se salvaron más de cuarenta mil ciudadanos, a los que César dejó ir a donde cada uno quisiera.

Los tesoros del Templo son entregados a los romanos

387 En estos mismos días uno de los soldados de caballería, de nombre Jesús, hijo de Zebedeo, recibió de César garantías, bajo juramento, de que conservaría su vida a condición de que le diera alguno de los
388 tesoros sagrados[191]. Este individuo salió y desde el muro del Templo entregó dos candelabros iguales a los que había en el santuario[192], mesas, crateras y vasos, todos ellos comple-
389 tamente de oro macizo. También le ofreció los velos[193], las

---

[190] No se trata de ciudadanos romanos, sino de ciudadanos de Jerusalén, mientras que el «resto» lo constituyen todos aquellos judíos que se habían congregado en la ciudad con motivo de la guerra. En las provincias del Imperio los ciudadanos eran un ínfima minoría, formada por inmigrantes itálicos o bien por notables locales, como los casos de los judíos Tiberio Alejandro, Pablo de Tarso o el propio Flavio Josefo; cf. nota a II 308.

[191] Los objetos de culto o las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que se conservaban en las correspondientes estancias del Templo; cf. nota a V 200.

[192] Cf. V 216-217.

[193] Cf. V 212.

vestimentas de los sumos sacerdotes[194] con sus gemas y
muchos otros de los objetos que se utilizaban en el culto.
Fue también hecho prisionero el tesorero del Templo[195], 390
llamado Fineas, que sacó las túnicas y los cinturones de los
sacerdotes, una gran cantidad de púrpura y de escarlata, que
estaba reservada para las necesidades del velo del Templo, y
también mucho cinamomo, casia y una gran cantidad de
otros aromas[196], que todos los días los sacerdotes mezclaban
en los sacrificios dirigidos a Dios. Asimismo él hizo entrega 391
de muchos otros objetos preciosos y no pocos ornamentos
sagrados. Este hecho a Fineas, que había sido capturado, le
propició la obtención del perdón concedido a los desertores.

La Ciudad Alta cae en manos romanas

Una vez terminados los terraplenes en 392
dieciocho días, el siete del mes de Gor-
pieo[197] los romanos acercaron allí las má-
quinas. Algunos de los sediciosos, que ya
daban por perdida la ciudad, abandonaron
la muralla y se retiraron al Acra, mientras que otros bajaron
a refugiarse a las galerías subterráneas[198]. Muchos se colo- 393

---

[194] Cf. V 231-236.

[195] El *gazofýlax*, el tesorero del Templo, era uno de los más importantes funcionarios de la administración de este lugar sagrado; cf. *Antigüedades* XX 194.

[196] La esencia del cinamomo, procedente del sudeste de la península de Arabia y del Ceilán, y de la casia, originaria del Extremo Oriente y de la costa africana, entraba en la composición del aceite de la unción sagrada de los sacerdotes, así como en el acompañamiento, junto con el incienso, de las oblaciones y sacrificios; cf. *Éxodo* 30, 22-33 y *Eclesiástico* 24, 15.

[197] El 25 de septiembre del 70; cf. edición de Niese. Gorpieo es el mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Elul y con nuestro septiembre.

[198] Cf. VI 370.

caron a lo largo de la muralla y se defendieron de los soldados que traían las helépolis[199]. También a estos últimos vencieron los romanos en cantidad y en fuerza y, sobre todo, porque ellos estaban muy animados frente a los judíos,
394 que se hallaban abatidos y debilitados. Cuando fue derribada una parte del muro y cedieron algunas de la torres, golpeadas por los arietes, al punto se produjo la huida de los defensores y sobrevino sobre los tiranos un miedo superior a lo que la
395 necesidad del momento requería. Antes de que los enemigos escalaran por la brecha, aquéllos estaban aturdidos y decididos a escapar. A individuos, que antes eran impetuosos y que se enorgullecían de sus sacrilegios, se les podía ver ahora humildes y temblorosos, de forma que este cambio daba lástima,
396 a pesar de que se trataba de gente muy malvada. Se dispusieron a correr hacia el muro que les sitiaba para así echar de allí
397 a los guardias y abrirse un paso de salida[200]. Sin embargo, vieron que no estaban en ningún sitio los que antes les eran fieles, ya que habían huido en la dirección que la necesidad del momento les había dictado, además algunos acudieron a ellos a comunicarles que toda la muralla occidental había caído, otros a anunciarles que los romanos habían entrado y es-
398 taban ya cerca buscándolos, y otros, con la vista nublada por el miedo, decían que desde las torres divisaban a los enemigos. Ante estas noticias cayeron de bruces al suelo, lamentaron su locura y, como si se hubieran cortado sus nervios, no
399 fueron capaces de huir. En este punto es donde uno especialmente puede reconocer el poder de Dios sobre los impíos y la Fortuna de los romanos[201]. Los tiranos renunciaron a su se-

[199] Cf. V 275.

[200] En varias ocasiones anteriores habían intentado ya transpasar el muro de circunvalación; cf. VI 157, 323 y 402.

[201] La importancia capital de la Fortuna o Destino en esta obra ha sido comentada en el apartado 5 de la Introducción.

guridad y descendieron voluntariamente de las torres, en las que nunca habrían podido ser dominados por la fuerza, sino sólo por el hambre. Por su parte, los romanos, que tanto ha- 400
bían padecido en las murallas que eran más endebles, conquistaron con la ayuda de la Fortuna aquellas otras que no podrían haberlas tomado con las máquinas, pues las tres torres, de las que hemos hablado más arriba[202], resistían a cualquier artefacto de guerra.

Tras abandonar los judíos estos lugares o, más bien, tras 401
ser expulsados de allí por Dios, inmediatamente se refugiaron en el barranco[203] que está al pie de la fuente de Siloé. Con posterioridad, cuando se recuperaron un poco del miedo, arremetieron contra el muro que les sitiaba por aquel lugar. Con una audacia inferior a lo que apremiaba la necesi- 402
dad del momento, pues sus fuerzas estaban debilitadas por el miedo y por las desgracias, fueron rechazados por los centinelas, se dispersaron por un lado y por otro y bajaron a las galerías subterráneas[204].

Victoria total de Tito sobre la ciudad

Los romanos se apoderaron de las 403
murallas, colocaron sus enseñas sobre las torres y entonaron un canto en honor de la victoria con aplausos y gritos de júbilo, pues se daban cuenta de que el final de la guerra era mucho más llevadero que su principio. No se creían que hubieran subido la última muralla sin derramar sangre y, al no ver a ningún enemigo, se quedaron atónitos. Se metieron por las callejuelas con sus espadas en las ma- 404
nos, mataron sin hacer distinción a todos los que se encon-

[202] Las tres torres del palacio de Herodes, Hípico, Fasael y Mariamme; cf. V 161-162.

[203] La zona sur del valle o barranco del Cedrón.

[204] Cf. VI 370.

traron e incendiaron las casas con la gente que se había re-
405 fugiado en ellas. En muchos de sus saqueos, cuando pasaban dentro para hacer sus rapiñas, se encontraban con familias enteras de cadáveres y con sus habitaciones repletas de víctimas del hambre[205]. Entonces, llenos de horror ante la
406 visión de este espectáculo, salían con las manos vacías. A pesar de que se compadecían de los que morían de esta forma, sin embargo no tuvieron los mismos sentimientos con los vivos, sino que degollaron a todo el que se toparon, con sus cadáveres taponaron las estrechas calles e inundaron de sangre toda la ciudad, de modo que muchos incendios fue-
407 ron también apagados por esta carnicería. Los romanos dejaron esta actividad sanguinaria al atardecer. Por la noche el fuego se intensificó y el día ocho del mes de Gorpieo[206] Je-
408 rusalén se levantó en llamas. Esta ciudad habría sido totalmente envidiable, si hubiera disfrutado desde su fundación de tantos bienes como desgracias padeció durante su asedio. Sin embargo, ella mereció tan grandes infortunios no por otro motivo sino por haber engendrado la generación que le ha ocasionado su propia ruina.

Tito entra en Jerusalén

409 Tito entró en la ciudad y se asombró, entre otros aspectos, de la solidez de sus fortificaciones y de las torres, que los tiranos en su estado de locura habían aban-
410 donado. Cuando se percató de la elevación del conjunto arquitectónico de las torres, de la magnitud de cada uno de los bloques de piedra, de la exactitud de
411 su ensamblaje, de su anchura y de su altura, dijo: «Hemos luchado con la ayuda de Dios y es Dios el que ha expulsado

205 Cf. VI 355.
206 El 26 de septiembre del año 70.

a los judíos de estas fortalezas, pues ¿qué poder tienen las manos de los hombres o las máquinas contra estas torres?»[207]. Hizo muchos comentarios de este tipo a sus ami- 412
gos y liberó a los prisioneros de los tiranos, que se encontraron en las fortalezas. Luego, tras hacer desaparecer lo que 413
quedaba de la ciudad y demoler las murallas, dejó las torres[208] en recuerdo de su Fortuna[209], con cuya colaboración en la lucha se había apoderado de lo que era imposible de conquistar.

Muertos y prisioneros judíos

Después de que los soldados se har- 414
taron de matar, aún seguían apareciendo numerosos sobrevivientes. César ordenó ejecutar sólo a los que estaban armados y a los que ofrecían resistencia y apresar vivo al resto. Pero ellos acabaron también con la vida de 415
los ancianos y de los débiles, además de la de aquellos que les había encomendado Tito. A los que estaban en la flor de la edad y eran útiles los llevaron al Templo y los encerraron en el patio de las mujeres[210]. César puso como 416
guardián a uno de sus libertos y a Frontón, un amigo suyo, le encargó decidir la suerte que cada uno merecía. Este 417
personaje ejecutó a todos los sediciosos y bandidos, que se acusaban unos a otros, escogió a los jóvenes más altos y bellos y los reservó para la procesión triunfal[211]. Del resto 418

[207] Cf. nota a VI 38.

[208] En la actualidad sólo queda la base de la torre Fasael, llamada ahora torre de David.

[209] En V 88 y VI 57 se ha presentado ya a Tito como un personaje favorecido de especial forma por la Fortuna.

[210] El atrio de las mujeres; cf. V 198.

[211] La celebración del triunfo de esta guerra en Roma se describirá minuciosamente en VII 121-162.

de la gente, a los que tenían más de diecisiete años los encadenó y envió a trabajar a Egipto[212]. Muchísimos fueron donados por Tito a las provincias para que la espada o las fieras acabaran con ellos en los teatros[213]. Los que no lle-
419 gaban a esta edad fueron vendidos. Perecieron también de hambre once mil prisioneros en los días en que Frontón hacía su selección: unos porque, debido al odio que les tenían sus guardianes, no recibían comida, mientras que otros no aceptaban lo que les daban. Además había también falta de trigo para tanta gente.

420 Todos los prisioneros que fueron capturados en el conjunto de la guerra sumaron noventa y siete mil, y los que perecieron en la totalidad del asedio fueron un millón cien
421 mil[214]. La mayoría de éstos eran judíos, pero no eran naturales de Jerusalén, puesto que se había concentrado gente de todo el país para la fiesta de los Ácimos, cuando de repente les sorprendió la guerra[215]. En consecuencia, en un primer momento la estrechez del lugar les propició una peste destructiva
422 y más tarde un hambre voraz. La cantidad de habitantes que había en la ciudad se deduce del censo elaborado en tiempos de Cestio[216]. Este personaje, que quería demostrar la prosperidad de la ciudad a Nerón, que despreciaba al pueblo judío,

---

[212] Seguramente en algunas minas o canteras.

[213] Más bien hay que entender aquí anfiteatros, que es donde se celebraban los combates de gladiadores y los espectáculos de lucha entre fieras y esclavos o prisioneros de guerra.

[214] El problema de lo exagerado de algunas de las cifras aportadas por Josefo se ha comentado en nota a V 569.

[215] Josefo quiere distinguir en todo momento entre los habitantes de Jerusalén y los forasteros judíos, que acudieron a la ciudad para celebrar las mencionadas fiestas y también debido a los acontecimientos bélicos. Así se ha visto antes en VI 384.

[216] Durante el desempeño del cargo de gobernador de Siria, entre los años 63 al 66 d. C.; cf. II 280.

instó a los sumos sacerdotes a contabilizar la población de la
mejor forma posible. Era ya inminente la fiesta llamada Pas- 423
cua, en la que se hacen sacrificios desde la hora nona hasta la
undécima[217]; en cada una de las ofrendas actuaba una frater-
nidad de no menos de diez hombres, pues no se puede hacer
el banquete sacrificial solo, y muchas veces se reunían incluso
veinte. Los sacerdotes contabilizaron docientas cincuenta y 424
cinco mil seiscientas víctimas. El resultado son dos millones 425
setecientos mil hombres, todos ellos puros y santos, si supo-
nemos diez personas para cada víctima[218]. En efecto, ni los 426
leprosos ni los que tienen gonorrea ni las mujeres menstruan-
tes ni los que tienen otro tipo de impureza pueden participar
de este sacrificio, ni tampoco ninguno de los extranjeros que 427
acudían a presenciar estos actos[219]. Era muy grande el núme-
ro de personas que venían de otras naciones.

Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado

En este momento todo el pueblo ha- 428
bía sido encerrado por el Destino[220],
como en una cárcel, y la guerra rodeó la
ciudad, cuando desbordaba de gente. El 429
número de muertos superó a toda des-
trucción humana o divina, pues los romanos, tras matar o

---

[217] Desde las tres a las cinco de la tarde.

[218] El cálculo no es exacto, pues la cifra debería ser de dos millones quinientos cincuenta y seis mil. En cualquier caso el número parece bastante elevado. Según los cálculos de J. Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Roömischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil; cf. también los datos aportados en V 567-569 y VI 420.

[219] Sobre los ritos de purificación previos a los sacrificios véase nota a IV 205.

[220] Sobre la importancia del Destino o Fortuna en este relato véase el apartado 5 de la Introducción.

apresar a todos los que estaban a la vista, buscaron a los
que se hallaban en los subterráneos[221], hicieron agujeros
430 en el suelo y ejecutaron a cuantos se encontraron. Allí ha-
bía más de dos mil cadáveres: unos se habían suicidado,
otros se habían matado entre sí y la mayoría había sido
431 víctima del hambre. A los que pasaban a su interior les
venía un terrible hedor a muerto, de forma que enseguida
432 muchos se daban la vuelta y otros, por codicia, penetraban
pisando los cadáveres que allí se amontonaban. En las ga-
lerías hallaron muchos objetos preciosos. Todo camino era
lícito para conseguir alguna ganancia. También sacaron
fuera a muchos prisioneros de los tiranos, pues éstos ni en
433 sus últimos momentos pusieron freno a su crueldad. Dios
castigó a los dos como se merecían: Juan, cuando estaba
muriéndose de hambre junto con sus hermanos en las gale-
rías subterráneas, suplicó a los romanos llegar a un acuer-
do de paz, algo que había rechazado muchas veces, y Si-
món se rindió, después de haber combatido durante un
largo espacio de tiempo contra la adversidad, como vere-
434 mos más adelante[222]. Este último fue reservado para servir
de víctima en la procesión triunfal[223], mientras que Juan
fue condenado a cadena perpetua. Los romanos prendieron
fuego a los barrios de las afueras de la ciudad y echaron
abajo las murallas.

[221] Cf. VI 370.

[222] VII 25-36.

[223] En la celebración del triunfo en Roma se tenía por costumbre ejecutar al más destacado de los enemigos.

Cronología de la historia de Jerusalén

De esta forma fue conquistada Jerusalén en el segundo año del principado de Vespasiano, el día ocho del mes de Gorpieo[224]. Antes ya había sido conquistada cinco veces y otras dos había sido devas- 435
tada. Pues Asoqueo[225], rey de Egipto, luego Antíoco[226], más 436
tarde Pompeyo[227] y después de ellos Sosio junto con Hero-
des[228] se apoderaron de la ciudad, pero sin destruirla. Y an- 437
tes la conquistó y asoló el rey de Babilonia[229], tras haber transcurrido mil cuatrocientos sesenta y ocho años y seis
meses desde su fundación[230]. Su primer fundador fue un 438
príncipe cananeo, que en su lengua materna se llamaba «Rey Justo»[231], que así era en realidad. Por ello fue pionero en ser sacerdote de Dios y, al ser el primero en levantar el Templo, llamó a la ciudad Jerusalén, que antes se denominaba Sóli-

---

[224] El 26 de septiembre del 70; cf. VI 407.

[225] Es Sisac o Sosac, el primer faraón egipcio nombrado expresamente en la Biblia. Invadió Jerusalén en el 930 a. C., en tiempos del rey Roboam, que le entregó los tesoros del Templo y del palacio real (cf. *I Reyes* 14, 25-28 y *II Crónicas* 12, 1-12).

[226] Antíoco IV Epífanes, en el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

[227] En el 63 a. C.; cf. I 141 ss.

[228] En el 37 a. C.; cf. I 345 ss.

[229] Nabucodonosor, en el 586 a. C.; cf. *II Reyes* 25.

[230] Esta cronología no coincide con la expresada por el propio Josefo en VI 260-270.

[231] Es el rey de Salem y sacerdote de El-Elyón Melquisedec, mencionado en *Génesis* 14, 18. El texto bíblico no indica que este tal Melquisedec construyera el Templo de Jerusalén, sino solamente que era sacerdote del mismo. Tras la victoria de Abraham sobre los cananeos, los sacerdotes jebuseos, es decir, de la tribu cananea que habitaba Jerusalén, reconocieron a los israelitas como a sus nuevos señores. La explicación etimológica de «Rey Justo» se contiene también en *Hebreos* 7, 2, aunque en realidad el término significa «el dios Salem es rey» o «el dios Mélec es justo».

439 ma[232]. El rey de los Judíos, David, expulsó de allí al pueblo
de los cananeos y estableció a su nación. Cuatrocientos se-
tenta y siete años y seis meses después la ciudad fue des-
440 truida a manos de los babilonios. Entre el rey David, que
fue el primer judío que gobernó en ella, y la devastación
llevada a cabo por Tito han pasado mil ciento setenta y nue-
441 ve años. Desde su primera fundación hasta su última des-
trucción han transcurrido dos mil ciento setenta y siete
442 años[233]. Sin embargo, ni su antigüedad ni su inmensa rique-
za ni la Diáspora de su gente por todo el mundo habitado ni
la gran fama de su culto han podido evitar su ruina. Así ter-
minó el asedio de Jerusalén.

---

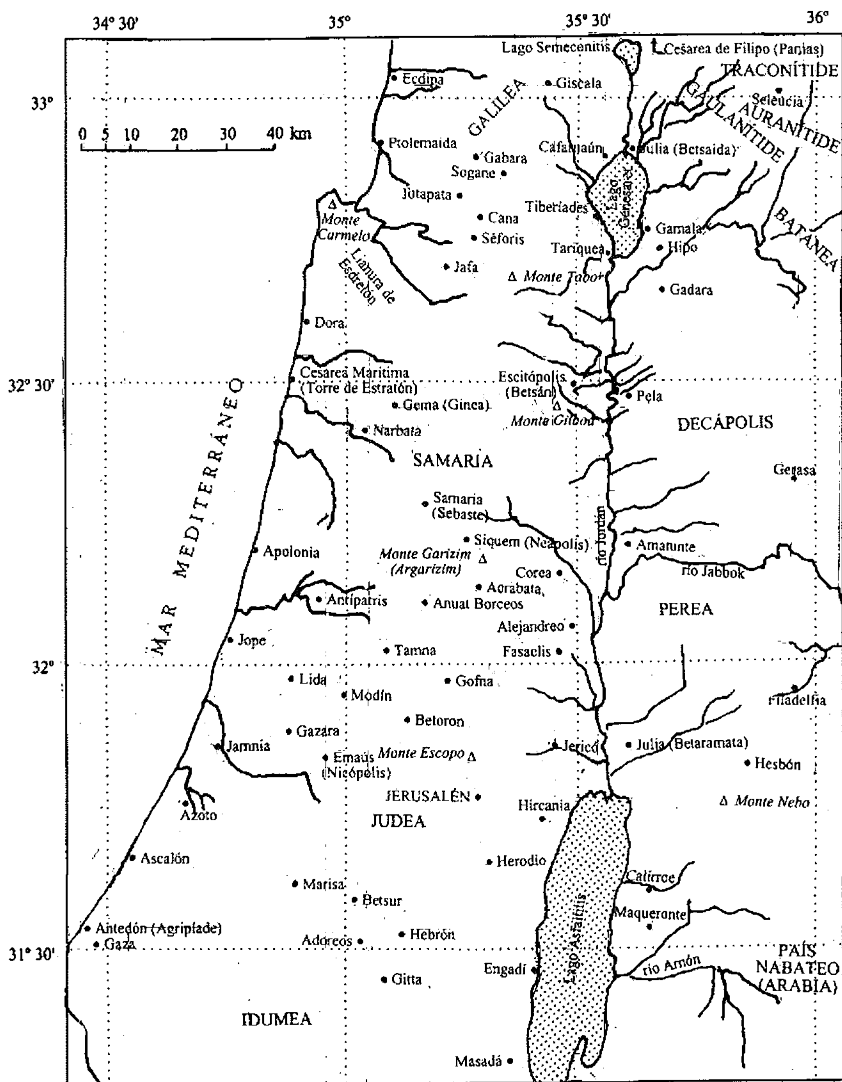
[232] Es ésta una etimología popular totalmente errónea. También *Antigüedades* I 180, el relato del autor egipcio Lisímaco, citado en *Contra Apión* I 304-311, así como el historiador judeo-helenístico Eupólemo (en Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* IX 34, 12) y Hecateo de Abdera (en Diodoro de Sicilia, XL 3, 3) refieren esta etimología fantástica de Jerusalén, como si se tratara de una ciudad griega. El nombre de Jerusalén no tiene el significado griego de *hierós*, «sagrado», y *Sólyma*, «Salem», sino que más bien su denominación más antigua es *urusalim* (cf. las cartas de El-Amarna del siglo xiv a. C.), que parece significar «la ciudad de la paz» o «la fundación de Salem»; sobre la interpretación griega del nombre de Jerusalén y su etimología puede consultarse el artículo de J. Jeremias, *«IEROUSALĒM / IEROUSOLYMA», Zeitschrift für die Neutestamentliche Wissenschaft* 65 (1974), 273-276.

[233] Sobre esta cronología, véase la nota a VI 269-270.

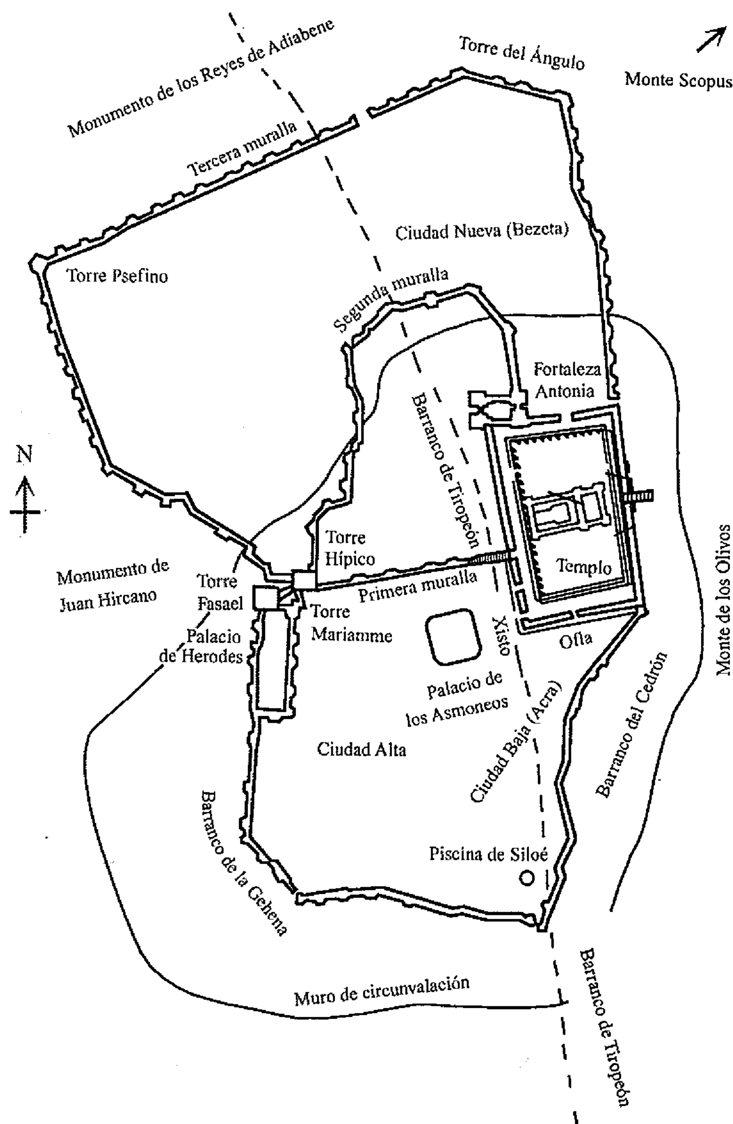
ÍNDICE DE NOMBRES *

* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.



Jerusalén en el año 70 d. C.

N

Torre Antonia

Pórtico de columnas

Atrio de los gentiles

Barranco de Tiropeón

Pórtico de columnas

8

3

1 2 4 5 6 7

3

8

Pórtico de columnas

Barranco del Cedrón

Primera muralla

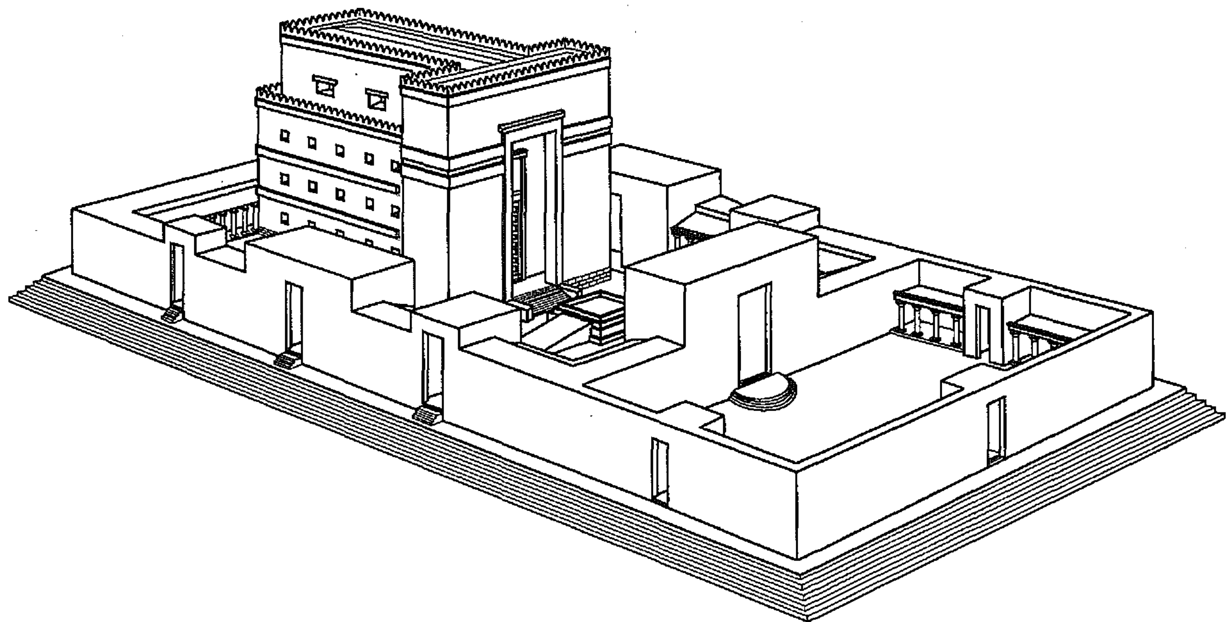
Barranco de Tiropeón

Atrio de los gentiles

Pórtico real

1 - *Sancta Sanctorum*
2 - Santuario
3 - Atrio de los sacerdotes
4 - Altar de los sacrificios
5 - Atrio de los israelitas
6 - Puerta de Corinto
7 - Atrio de las mujeres
8 - Balaustrada

Templo de Jerusalén



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL